

The background of the cover is a stylized illustration of a room at night. A large window with a dark frame looks out onto a city skyline with silhouettes of buildings. Two red armchairs with white legs are positioned on either side of a small, round, dark table. A lamp hangs from the ceiling, casting a soft glow. The overall color palette is dark with purples, blues, and reds.

NO TE ENAMORES DE MÍ

MÓNICA BENÍTEZ

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Epílogo](#)

NO TE ENAMORES DE MÍ
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Diseño portada: Verónica Espinosa

Safe creative: 2310095516897

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Capítulo 1

Hace nueve años

Cuando Miren sale de su casa está nerviosa y tiene muchas dudas de estar haciendo lo correcto. Ya lleva soltera casi un año y su hermana Alba y su amiga Leire se han empeñado en que ya va siendo hora de que vuelva a salir y conocer gente para algo más serio que un pequeño desahogo.

Miren no está del todo de acuerdo, aunque echa de menos esos momentos íntimos y el hecho de compartir su día a día con otra persona, también disfruta sin tener que darle explicaciones a nadie. Por eso se ha mosqueado mucho cuando esta tarde, que han quedado para tomarse un café en casa de Alba como suelen hacer siempre, su hermana y su amiga le han dicho que le habían preparado una cita a ciegas.

—¿A ciegas? ¿Pretendéis que quede con alguien a quien no he visto en mi vida? —ha dicho con los ojos desorbitados por la rabia, muerta de indignación.

—A ciegas tampoco, trabaja conmigo, es esta, y como puedes ver; es muy guapa.

Leire le ha mostrado su cuenta de Instagram y Miren ha dejado de renegar de golpe, porque su amiga tiene razón, la chica es muy atractiva y tiene unos ojos realmente preciosos.

—Está soltera y le gustan las chicas, igual que a ti —ha relatado Leire—, le dije que yo tenía una amiga en la misma situación y una cosa llevó a la otra, ya sabes.

—No, no sé —ha rezongado Miren.

—No seas sosa —ha intervenido Alba—, solo es una cena, Miren. Serán un par de horas como mucho, si no te gusta, te vas a casa y no vuelves a quedar con ella.

—Y si te gusta, te vas a casa igualmente, pero con ella —ha apuntado Leire con sorna—, y folláis como perras mientras decidís cuándo será vuestra próxima cita.

Y ahí va ella, arreglada de manera informal, no quiere que piense que es un desastre, pero tampoco que está desesperada. Miren mira el reloj mientras camina hacia el restaurante donde han quedado y valora la opción de darse media vuelta en varias ocasiones, sin embargo, no lo hace porque sabe que su amiga se pondrá hecha una fiera y que cuando se le pase, le montará alguna encerrona en la que acabará teniendo que conocer igualmente a Ana, la chica de la foto.

Cuando entra en el restaurante no tarda en localizar a Ana sentada en la barra. Su amiga también debe haberle mostrado alguna foto de Miren, porque Ana le sonríe y la saluda con la mano con efusividad. Miren cambia de opinión y piensa que quizá no es tan mala idea estar allí, Ana le parece mucho más atractiva en persona que en las fotos y le gusta mucho como huele cuando se dan dos besos.

—Qué bien que hayas venido —dice Ana contenta, mientras avisa al camarero para decirle que ya puede acompañarlas a su mesa.

Las dos se sientan frente a frente y saborean el vino que les han servido.

—¿Hace mucho que trabajas con Leire? —pregunta Miren para romper el hielo.

—Unos días. ¿Te gustan mis uñas?

Ana extiende las dos manos sobre la mesa frente a Miren y le muestra una manicura llena de dibujitos diferentes en cada una de las uñas. Miren asiente sin saber qué decir ante la mirada expectante de Ana. Ese no es precisamente un detalle que llame su atención en una mujer, ella prefiere unas uñas cortas y cuidadas antes que unas largas como esas que pueden rasgar zonas delicadas, pero no dice nada.

—Me la han hecho esta mañana, ¿a ver las tuyas?

Miren comienza a sentir una incomodidad inaudita y toda la belleza de Ana no le parece suficiente para compensar un carácter que cada vez se le antoja más adolescente y superficial. Miren trata de desviar la conversación hacia otros derroteros, le pregunta por su trabajo, por sus aficiones, por los sitios a los que ha viajado, pero Ana solo da respuestas cortas y siempre acaba redirigiendo la conversación hacia la manicura o la moda.

Cuando llega la hora del postre, Miren está tan hastiada que dice que no le apetece tomar nada. Por educación y respeto hacia su amiga Leire, ha aguantado esa cita insostenible, sin duda la peor de su vida, pero no tiene intención de pasar ni un segundo más con ella, por eso cuando Ana propone ir a tomar algo al salir de allí, Miren se niega y pone la primera excusa que se le ocurre.

—Mejor otro día, algo no me ha sentado bien en el estómago y lo tengo revuelto, por eso no he pedido postre.

—Ah... —dice Ana y se mira las uñas para comprobar que su manicura sigue intacta y perfecta.

—Ya nos veremos, ¿vale? —remata Miren antes de que Ana pueda decir algo más.

Le da dos besos y comienza a caminar sin rumbo fijo, lo único que quiere es llegar a la primera bocacalle y girar por ella para perderla de vista cuanto antes. Sin duda, debe tener una charla con Leire lo más pronto posible y aclararle que esa es la última vez que le presenta a alguien.

Capítulo 2

A la agente de la Ertzaintza Paloma Alonso le queda poco para dejar de patrullar las calles. A sus veintiocho años, el oficial Ruiz se ha fijado en sus cualidades y la ha seleccionado para trabajar con él en el Servicio Territorial de Investigación, pero mientras no haya ocupado su nuevo puesto, ella seguirá haciendo igual de bien su trabajo en el antiguo, por eso cuando les piden a ella y a su compañero que se unan a una redada en uno de los parques donde los más jóvenes del pueblo suelen quedar para colocarse, ella se prepara y espera la orden para intervenir.

Se trata de una operación sencilla, pensada para persuadirlos y asustarlos porque saben que de ahí sacarán poca cosa, pero si consiguen que tan solo uno de ellos deje ese camino, el trabajo habrá merecido la pena.

Miren Uriarte no tendría que estar pasando por ahí a esas horas, pero viene de zanjar una de las citas más desastrosas que ha tenido nunca, una cita a ciegas organizada por una de sus amigas a la que estrangulará en cuanto la vea y que la ha llevado a sentarse frente a una mujer de treinta con una mentalidad de no más de veinte años que solo sabía hablar de manicuras y vestidos veraniegos.

Ahora siente que necesita mucho aire para sacudirse la mala energía que esa mujer le ha dejado en el cuerpo antes de volver a su apartamento, por eso, después de sentir que ya la tenía lejos y no había peligro de cruzarse de nuevo con ella, ha decidido dar un rodeo y pasar por el parque.

Es viernes por la noche y hay varios grupos de jóvenes, a algunos los conoce de haberlos visto por el pueblo y a otros por ser los hermanos pequeños de algunas de sus amigas, incluido Aitor, el hermano de Leire. Por eso pasa tranquila por allí y los saluda con la mano y un gesto de cabeza, arrugando la nariz cuando el olor a marihuana lo invade todo a su alrededor.

Lo que no se espera Miren es que, de repente, aparezcan varios coches de la Ertzaintza rodeando el parque y desconcertándola con sus luces rotatorias antes de que varios agentes uniformados se bajen al grito de policía.

En un momento, todo se convierte en algo caótico, los chavales comienzan a correr para dispersarse y complicarle el trabajo a los policías, y Miren, movida por un pánico repentino y la inseguridad que le provoca no haberse encontrado nunca en una situación como esa, se ve corriendo también como una posesa mientras maldice su mala suerte y piensa que esa noche no debería haber salido de casa.

Se mete entre unos arbustos y logra saltar la valla del parque por la parte menos iluminada, la más alejada de los coches de policía porque no es accesible para estos. Por un momento, tiene la errónea sensación de que se ha librado, pero entonces escucha un grito y siente una corriente que la hace correr todavía más deprisa.

—¡Alto, policía!

Miren gira la cabeza mientras echa una pierna delante de la otra como una desquiciada, tomando una calle estrecha que hace subida para terminar de rematar su repertorio de malas decisiones de esa noche. Detrás lleva a una agente de la Ertzaintza que

le está ganando terreno a gran velocidad.

—¡Para de correr! —insiste la policía.

Miren nota los músculos de las piernas a punto de explotarle del esfuerzo y le falta el aliento como si fuera una embarazada a punto de parir. Vuelve a echar un vistazo hacia atrás y comprende que no tiene escapatoria, tiene a la agente casi encima y a ella ya no le quedan fuerzas para seguir corriendo, así que empieza a decelerar y en menos de un segundo, nota el impacto del cuerpo de la ertzaina en su espalda.

Miren no opone resistencia alguna, así que Paloma, al ver que no supone una amenaza, se limita a reducirla y a pedirle que se ponga de cara a la pared.

—Voy a proceder a registrarla —anuncia Paloma poniéndose unos guantes.

Miren, tras echar una mirada hacia atrás y verle por fin la cara a su interlocutora, asiente jadeante. Ya la ha visto otras veces por el pueblo y también la conoce de verla por el instituto. Paloma Alonso, dos años mayor que ella y también la chica inaccesible por la que muchas, incluida ella misma, suspiraban cuando la veían besándose con Lupe, su novia de entonces.

Ahora la tiene ahí, con las manos palmeando cada parte de su cuerpo sospechosa de ocultar algo y Miren nota como se le seca la boca y le burbujea el estómago de un modo completamente desconocido.

—¿Me muestra su identificación?

Paloma ha terminado el registro y ha hecho girar a Miren tendiéndole su propio bolso, el que le ha quitado cuando la ha pillado sin que ella apenas se diera cuenta.

Miren, con las manos temblorosas por los nervios, mete la mano en el bolso bajo la mirada atenta de Paloma y saca la cartera para entregarle el documento de identidad. La agente lo observa enfocando con su linterna y se lo devuelve sin prestarle demasiada atención.

—Ahora procederé a vaciar su bolso —la informa Paloma—. ¿Está de acuerdo?

—No llevo nada, esto es absurdo —dice por primera vez Miren.

—¿Quiere que lo hagamos en comisaría? —pregunta Paloma con toda la intención de intimidarla más de lo que ya está.

—No, adelante —accede Miren, que está más impactada por la cercanía de la agente que por lo delicado de la situación en la que se encuentra.

La ertzaina no contesta y vacía todo el contenido del bolso sobre un murete. Paloma no fisgona entre sus cosas, simplemente las separa un poco con la mano para comprobar que no hay drogas entre ellas y después comprueba todos los bolsillos y el forro del bolso.

—Ya te he dicho que no llevo nada —insiste Miren cuando Paloma empieza a meter todas las cosas en el bolso.

No tiene por qué hacerlo, pero lo hace mientras observa a Miren de reojo. Ya sospechaba que la carrera tras ella era una pérdida de tiempo, también la conoce de vista y sabe que no se mueve en esos grupos, ni por edad ni por gustos, y que probablemente solo pasaba por allí en el momento menos oportuno, pero ella tenía que hacer su trabajo.

—¿Por qué ha salido corriendo?

—No me trates con formalidades, Paloma —protesta Miren—. Que nos conocemos de toda la vida.

Paloma se ha encontrado en infinitas situaciones en las que los sospechosos tratan de intimar con ella, de caerle bien y hacer un intento de establecer un colegueo que les permita reblandecer a la agente y salirse de rositas. Sabe que este no es el caso en absoluto, que

Miren no trata de librarse de nada porque no hay nada de lo que hacerlo, y es cierto que se conocen, aunque nunca hayan establecido una conversación ni cruzado una palabra que vaya más allá del saludo.

—Muy bien, ¿me dices entonces por qué corrías? —pregunta Paloma devolviéndole el bolso.

Miren sonríe por primera vez sintiéndose un poco tonta, pero después se muerde el labio y la mira a los ojos mientras traga saliva.

—Porque soy imbécil. Pasaba por allí y me he llevado tal susto al ver aparecer tantos coches y agentes gritando, que me ha dado por correr.

Paloma intenta contener la risa, pero no lo consigue y sus labios se estiran levemente, haciendo que Miren corrobore lo que siempre ha pensado, que de cerca tenía que ser mucho más atractiva que de lejos, y que su sonrisa es tan increíble como le parecía.

—Podrías haber parado cuando te lo he pedido, nos habrías ahorrado la carrera —dice mirando calle abajo, realmente han recorrido un buen trozo.

—Ya, es que no sabía cómo hacerlo para estar contigo a solas —bromea Miren y enseguida se arrepiente, porque la mirada con la que Paloma se clava en sus ojos, hace que le arda hasta la parte más remota de su cuerpo.

Miren no se considera una mujer tímida y a sus veintiséis años es bastante segura de sí misma y suele tener muy claro lo que quiere, pero debe reconocer que la personalidad arrolladora de Paloma la pone muy nerviosa.

—Vamos, te acompaño a tu casa antes de que te metas en algún lío más —dice finalmente Paloma, conteniéndose para no entrar en el juego de Miren.

Está trabajando, si la hubiera pillado en cualquier otra situación, ya se habría encargado de sacarle los colores o dejarla sin respiración.

Durante el trayecto, Miren se queda en blanco, quiere hablar con ella, establecer algún tipo de contacto que le permita tener una excusa para volver a verla, pero está tan bloqueada por la presencia imponente de Paloma con su uniforme y la concentración con la que camina a su lado, que llega hasta su casa sintiéndose una fracasada.

—Gracias por el paseo —dice turbada frente a su puerta.

—De nada —contesta la agente con sequedad—, y Miren —añade antes de que ella, derrotada, abra la puerta.

—¿Qué?

—Si quieres una cita conmigo me la pides, no me hagas correr por medio pueblo.

Paloma se da la vuelta y se marcha sin esperar respuesta, dejando a Miren con el corazón desbocado y un repentino calor entre las piernas.

Capítulo 3

Miren no ha podido dormir en toda la noche, cuando salió de su espantosa cita con Ana, pensó que el mal humor que había invadido su cuerpo y las mil formas de imaginar una muerte cruel para su amiga y su hermana, eran lo que le quitaría el sueño, pero ni de lejos ha sido así, porque en la única persona que ha pensado ella ha sido en Paloma Alonso. No ha dejado de revivir ese momento de ellas dos corriendo por las calles de Mundaka, incluso sentía ese cansancio agónico que invadió su cuerpo antes de rendirse y detenerse. También recuerda la mirada penetrante de Paloma, la seguridad cuando le hablaba, su tono distante y frío que se mezcla en sus recuerdos con ese atisbo de sonrisa que mostró la ertzaina. Cada vez que la recuerda sonriendo siente un leve cosquilleo en la boca del estómago, el mismo que sentía en el instituto cuando la veía de lejos o cuando los labios de Paloma se estrellaban contra los de Lupe entre risas y gestos cariñosos. En aquella época, Miren hubiera dado cualquier cosa por ser Guadalupe durante un día, por saber lo que se sentía siendo la novia de Paloma. Después la ertzaina se graduó y dejó de verla a diario para cruzársela solo de vez en cuando, no había vuelto a tenerla tan cerca hasta ayer por la noche.

Su teléfono vibra y se encuentra con un mensaje de su hermana. Las dos víboras quieren detalles de su cita y han montado una reunión matutina en su bar de siempre. Miren se encierra en el baño para darse una ducha reparadora y media hora más tarde, sale de su apartamento para dirigirse hacia el bar donde ya la esperan desde hace un cuarto de hora.

—Muy despejada vienes tú —dice Leire cuando se sienta junto a ellas.

—¿Qué tal fue? —se interesa su hermana Alba.

—Horrible —bufa Miren clavando una mirada dura en Leire—, es la última vez que me organizáis nada. Esa tal Ana y yo no tenemos nada en común, y cuando digo nada, es nada —puntualiza horrorizada.

—¿En serio? ¿Tan mal fue? —se sorprende Alba.

—La peor cita de mi vida. Es imposible mantener una conversación con ella sin que termine hablando de sus putas uñas o de un escaparate.

A Leire le entra un ataque de risa y junta las manos como si rezara para pedir disculpas.

—Lo siento, Miren, pensé que en una cita se comportaría como una persona adulta y se dejaría de chorradas.

—Es decir, que sabías que era así y me la endosaste igualmente.

Miren tiene ganas de matarla allí mismo, y por un momento se lo plantea y se aguanta la risa, sería una buena forma de volver a ver a Paloma, aunque no la más inteligente.

—Es un poco rara y tiene una mentalidad algo... —Leire no encuentra la palabra adecuada.

—¿Adolescente? —completa la frase Miren.

—Sí, pero no es mala chica, en serio, y es guapa, eso no lo negarás.

—Su guapura no compensa su falta de madurez, en cualquier caso, da igual, ayer me pasó algo mucho más interesante que ella, y si no hubiera salido para quedar con Ana, no habría sucedido, así que, supongo que en cierto modo debo daros las gracias.

—¿El qué? ¿Qué pasó? —pregunta Alba intrigada, pegando su silla a la de su hermana como si así pudiese escucharla mejor.

Miren les relata su episodio de ciudadana ejemplar confundida con delincuente a la que persiguió una agente de la Ertzaintza mientras su hermana y su amiga se mueren de la risa. Ella también se contagia y sigue contándoles lo sucedido, hasta que llega a la parte que más le interesa a ella, el único motivo por el que ha accedido a verse con esas dos brujas esa mañana, necesita información.

—¿Sabéis quién era la ertzaina que me persiguió? —pregunta haciéndose la interesante, a sabiendas de que las dos estallan de curiosidad por dentro.

—¿Quién? —pregunta Leire, con las mejillas rojas de tanto reír.

—Paloma Alonso.

—Anda —dice Leire arqueando las cejas en un claro gesto de sorpresa.

—Me acompañó a casa y me dijo que si quería una cita que se la pidiera, seguro que pensó que soy imbécil.

—Que piense lo que quiera —dice Alba sin darle mayor importancia.

—¿Sabéis si está con alguien? Yo hace mucho que no me la cruzo por el pueblo.

—Espera, Miren —la detiene su hermana alarmada—. No te estarás planteando salir con ella, ¿no?

—¿Por qué no? ¿Tan malo sería?

—Bueno, eso depende —interviene Leire.

—¿De qué depende? —cuestiona Miren empezando a mosquearse.

—De lo que busques, Miren —le dice su hermana—. Si quieres algo serio ya puedes ir olvidándote de Paloma, si lo que te interesa es echar un polvo como vienes haciendo últimamente con las chicas, pues adelante, es la mujer perfecta.

—¿Por qué dices eso?

Miren no puede evitar cierta mezcla de desazón y rabia.

—Porque es la verdad, Miren —contesta Leire—, de Paloma no vas a conseguir otra cosa, al menos eso es lo que dicen.

—¿Y qué dicen? —pregunta notando una sensación de incomodidad que no le gusta.

—Que ha cambiado mucho y ya no es la mujer atenta de antes. Ahora es una picaflor. Queda con una chica, se la lleva a la cama y al día siguiente si te he visto no me acuerdo.

Miren se queda descolocada y siente cierta decepción al escuchar esas palabras. Ella no conoce a Paloma, ayer fue la vez que más cantidad de palabras intercambiaron, pero desde luego, esa no es la imagen que se había formado de ella.

—Bueno, me da igual, puede que esté pasando una mala racha, al fin y al cabo, también es lo que yo he estado haciendo.

—No compares —se ríe Alba—. Cuando digo que es una picaflor, es porque cada semana está con una diferente. ¿Tú con cuántas has estado este año? ¿Con cuatro?

—Cinco —cuenta Miren con rapidez.

—Es policía, Miren, sabes el morbo que despierta eso, y Paloma siempre ha sido una tía muy potente, si mezclas las dos cosas imagina hasta dónde puede llegar su lista de ligues si se lo propone —remata Leire.

—¿A quién se lo habéis escuchado? Seguro que solo son rumores ampliados.

—A mi hermana se la ha tirado unas cuantas veces, la utiliza como quiere —contesta Leire encogiendo los hombros—. Me lo contó ella. Dice que en la cama muy bien, pero que después es muy fría, como si te acostases con una mujer y te levantases con otra

completamente distinta.

—Tampoco quiero casarme con ella. Paloma siempre me ha gustado, si me quiere utilizar para un polvo, que me utilice, mejor eso que nada —dice Miren fingiendo que no le importa lo que escucha.

—Pues si es para eso, adelante —sonríe Leire.

—No estoy de acuerdo —discrepa Alba—, a mí no me parece buena idea. Es evidente que Paloma ahora mismo no está centrada y no sabe lo que quiere, tú sí, Miren. A ti ella te ha gustado siempre como bien has dicho, solo falta que tengáis un lío para que ese sentimiento crezca y después lo pases mal.

—No va a crecer, solo quiero quedar con ella y conocerla un poco, nada más.

Alba mira a su hermana haciendo una mueca con los labios. Confía en Miren, lo ha hecho siempre, y también en su determinación, pero están hablando de Paloma Alonso, y Alba sabe la capacidad de seducción que tiene la ertzaina.

—En realidad ahora tengo una curiosidad enorme —reconoce Miren con una amplia sonrisa—. Me cuesta creer que esa Paloma sonriente y cercana que yo recuerdo cuando la veía con Lupe, se haya convertido en esa mujer tan fría que describís.

—Genial, en lugar de disuadirte, te hemos animado —resopla Alba provocando la risa de Leire.

—La verdad es que la que me animó fue ella cuando me dijo que si quería una cita se la pidiera —se encoge de hombros Miren y se pone en pie.

—Algo le dirías tú para que tuviera tan claro que estabas interesada —dice Alba con los ojos en blanco.

Miren sonríe y le da un beso en la mejilla.

—Por casualidad no sabréis dónde vive, ¿no?

—Yo sí, pero tienes más posibilidades de dar con ella si te presentas en la comisaría de Bermeo que si vas a su casa —contesta Leire.

Miren también la besa a ella y sale del bar sonriendo, le da igual lo que digan de Paloma, de hecho, la admira por disfrutar de su vida como quiere. Y eso es justo lo que piensa hacer ella, aprovechar la única oportunidad que probablemente tendrá de estar con Paloma Alonso.

Capítulo 4

Cuando Miren llegó a su casa tenía un conflicto interno, su necesidad de ver a Paloma había crecido, pero era sábado por la tarde y la ertzaina seguro que ya tenía planes que incluirían que el domingo se despertase acompañada. Miren sabía que no era buena idea precipitarse, así que dejó pasar toda la semana y utilizó los días para descubrir todo lo que pudo sobre ella.

Ahora es viernes y Miren solo sabe dos cosas seguras sobre Paloma; la dirección de su apartamento de Mundaka y que hoy está de servicio porque esta mañana la han visto patrullando por el puerto.

Decidida a no demorar más el asunto y demostrarle a la policía que es una mujer decidida y que el atontamiento del otro día solo se debía a los nervios por lo que había sucedido en el parque, cuando sale del trabajo, Miren conduce hasta Bermeo, busca aparcamiento cerca de la comisaría de la Ertzaintza y se dirige hacia la puerta.

Cuando llega, toda su seguridad desaparece y los nervios se apoderan de ella. Miren no tiene ni idea del horario que hace Paloma, no sabe si está allí, si ya se habrá marchado o si ni siquiera está en la comisaría y ha salido a algún aviso. Pone los ojos en blanco y resopla sintiéndose estúpida, pero solo se permite unos segundos para autocompadecerse, después se dice a sí misma que ella no ha ido hasta allí para nada, y que si no encuentra a Paloma, por lo menos conseguirá la información que le permita localizarla.

Tras vaciar sus pulmones de aire y serenarse, se encamina hacia la entrada dispuesta a preguntarle al primer agente que se encuentre por ella, pero todavía no ha llegado a entrar cuando la puerta se abre y por ella sale Paloma, vestida de calle, con el pelo húmedo tras la ducha y una mochila colgada del hombro.

Las dos mujeres casi chocan al encontrarse y Paloma, educada y servicial, se aparta con rapidez y se asegura de no haber desequilibrado a la otra persona sujetándola por el brazo.

—Perdone —se disculpa, y es entonces cuando reconoce a Miren ante ella y sus cejas se elevan debido a la sorpresa.

Paloma la suelta y esboza media sonrisa que eriza toda la piel de Miren.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la ertzaina haciéndose a un lado para no bloquear la entrada.

Miren la imita con la mente abotargada. Paloma no ha perdido esa sonrisa encantadora y eso era algo para lo que ella no estaba preparada, por lo que necesita varios segundos para recomponerse y que el corazón le baje de la garganta hasta su lugar habitual.

—Vengo a verte a ti —suelta decidida.

La sonrisa de Paloma se amplía un poco más con cierto aire de incredulidad y mira hacia todas partes para asegurarse de que Miren está sola.

—¿A mí? ¿Quieres que echemos una carrera por las calles de Bermeo? —bromea Paloma y se deja arrastrar por Miren cuando ella la empuja un poco más allá, buscando estar completamente a solas con la policía.

—Muy graciosa, pero no, no vengo a hacer deporte.

—Menos mal, porque he tenido un día un poco duro y lo último que me apetece ahora es ponerme a correr detrás de una loca que no sabe por qué corre.

—Sí que sabía porque corría, huía de ti —se defiende Miren.

—Pero ahora estás aquí, así que no debí darte mucho miedo —concluye Paloma haciendo una mueca de fastidio.

—Ninguno.

—Muy bien, has venido a verme. ¿Qué quieres? —pregunta la policía sin rodeos.

—Mi cita —responde Miren con una seguridad aplastante.

—¿Perdona? —pregunta Paloma, que vuelve a sonreír con una mirada que viaja entre la incredulidad y la sorpresa.

—Ya me has oído, la otra noche dijiste que si quería una cita contigo que te la pidiera. Pues la quiero.

—Vaya, eso sí que es ser directa —admite Paloma mirándola a los ojos.

Miren tiene la sensación de que se va a desmayar en cualquier momento, el corazón le bombea con violencia en el pecho y el aire parece cada vez más denso a su alrededor, pero ella se mantiene firme. No se mueve y aparenta estar tranquila en la medida de lo posible, no quiere que Paloma se dé cuenta del efecto que provoca en ella, ni de lo nerviosa que la pone ni del miedo que le da que la rechace.

—Vale, pues tengamos esa cita —dice la ertzaina recolocándose la mochila sobre el hombro.

—¿Ahora? —se sorprende Miren, que pensaba que de ahí, como mucho, saldría con su número de teléfono y la promesa de una llamada que probablemente nunca haría.

—Sí, ahora. Quieres una cita, ¿no?

—Sí —contesta Miren tragando saliva.

—¿Y tienes algún plan? —pregunta Paloma consultando la hora.

Miren niega meneando la cabeza de lado a lado, pasmada.

—Acompáñame al coche a dejar esto, aquí cerca hay un bar que está muy bien para tomar algo. ¿Te apetece? —propone la ertzaina.

Ahora Miren asiente sintiéndose idiota, y comienza a caminar detrás de Paloma cuando esta se pone en marcha. Sus ojos se clavan en el culo de la ertzaina sin poder evitarlo, le gusta cómo se le ajustan los vaqueros y el modo en que se contonea cuando camina.

Cuando entran en el bar, está bastante lleno y se tienen que conformar con una mesa en el centro, rodeadas de gente. Miren hubiera preferido tener algo más de intimidad, pero en ese momento agradece el barullo, porque está muy nerviosa y se ha vuelto a quedar en blanco como la otra noche. Paloma sin embargo, no parece estar alterada en absoluto, está entretenida escurriendo la bolsita de la infusión que le han traído mientras Miren la observa con ganas de estrangularla. Ella siempre se ha considerado una persona segura de sí misma, pero Paloma la supera de un modo tan arrollador, que logra desestabilizarla.

—Dime que no me has pedido una cita para sentarte delante de mí y quedarte callada —dice Paloma de sopetón.

Miren nota como se le seca la boca mientras intenta poner en marcha su cerebro embotado y traicionero.

—No, claro que no —responde tratando de ganar tiempo, en su empeño de esconder el nerviosismo que siente.

Paloma, harta de percibir infinidad de detalles que delatan cuando alguien le oculta

algo, la mira y sonríe satisfecha y orgullosa por el efecto que causa en ella. Por mucho que Miren lo intenta, no ha logrado que no se dé cuenta, la delata el hecho de que no para de humedecerse los labios y se frota las manos con frecuencia.

—No me como a nadie, Miren —dice y se recuesta en la silla con aire desenfadado, sin apartar la mirada de sus ojos para que no pueda huir de ella.

—No te tengo miedo —afirma Miren y carraspea.

—Pues no es la sensación que tengo.

—Vale, estoy un poco nerviosa, ¿contenta?

Paloma vuelve a sonreír y esta vez cambia de postura y se echa hacia delante, apoyando los brazos en la mesa para jugar con sus dedos frente a Miren. Se da cuenta de que los tiene helados y se sorprende, eso solo le pasa cuando está nerviosa, aunque ella es una experta ocultando lo que siente.

—¿Qué te parece si para romper un poco el hielo y acabar con esta situación incómoda, me cuentas qué hacías la otra noche sola por el parque?

Esta vez la que sonríe es Miren, lo hace poniendo los ojos en blanco y relajándose casi de inmediato, el hecho de tener algo de lo que hablar, la hace sentir mucho más tranquila y cómoda.

—No sé si es apropiado responderte —cabecea Miren y Paloma la mira hipnotizada.

—Prueba.

—Mi hermana y mi amiga me habían organizado una cita a ciegas —explica haciendo una mueca de intriga.

—Anda, qué interesante se pone esto —dice Paloma con una sonrisa torcida que logra desestabilizar la cordura de Miren un segundo—. ¿Y qué pasó?

—Que fue un completo desastre —concluye Miren y suspira.

—¿Puedo saber por qué lo fue? ¿La chica era un orco? ¿No sabía hablar? ¿Tenía tres manos?

Las dos se ríen y Miren vuelve a relajarse. Paloma es mucho más desenfadada de lo que ella se esperaba, es fácil estar con ella, y ahora no sabe si eso es bueno o malo.

—No era ningún orco, eso te lo aseguro. Era una chica muy guapa —afirma acompañando sus palabras con un gesto de cabeza que da más énfasis a sus palabras.

Paloma la mira expectante.

—Pero solo sabía hablar de manicuras y vestidos, cada vez que intentaba cambiar de tema, ella volvía a lo mismo. Te juro que ahora lo pienso y no entiendo cómo pude aguantar toda la cena sin levantarme y dejarla allí mirándose las manos —dice sorprendida de sí misma.

—Porque eres educada, y supongo que buena persona —opina Paloma sorprendiendo a Miren, que esperaba que hiciese algún comentario divertido sobre el tema.

—¿Tú qué hubieras hecho en mi lugar?

Paloma permanece en silencio unos segundos mientras piensa si le conviene decir lo que hubiera hecho en realidad o mejor lo cambia por algo más políticamente correcto.

—Demasiado estás pensando —sonríe Miren con mirada pícaro.

—Bueno, yo creo que depende mucho del día —admite Paloma—, según cómo me hubiera pillado hay dos posibilidades; que hubiese aguantado como una campeona igual que hiciste tú, o que me la hubiese follado en los baños y me hubiese largado después.

Miren la observa sofocada y admirada al mismo tiempo, le gusta la sinceridad de Paloma, también la determinación que tiene para todo y lo poco que parece que le importa

lo que puedan opinar de ella.

—La verdad es que eso último no me lo planteé —dice Miren mirando al techo como si se arrepintiera.

Paloma se ríe y vuelve a recostarse en la silla con gesto gamberro.

—¿Cuál es la peor cita que has tenido tú? —le pregunta a la policía.

—Uff, pues no sé —dice pensativa y se rasca la cara mientras busca en su mente.

De inmediato le viene un pensamiento muy turbador que le cambia el gesto, pero incluso a ella le da apuro explicarlo.

—¿Qué es? —pregunta Miren impaciente al percibir que algo ronda la cabeza de la ertzaina.

Paloma hace una mueca y entorna los ojos, lo que dobla la intriga de Miren.

—Venga, dilo, no puede ser peor que lo mío.

—Peor no, pero más doloroso sí.

—No te entiendo —dice Miren confundida.

—Fue con la camarera de un bar donde solía ir a desayunar. Empezamos a tontear y al final me propuso quedar en su casa. Las dos sabíamos a lo que íbamos, obviamente.

Miren vuelve a tener la boca seca, imaginarse a Paloma en esas circunstancias la está poniendo enferma de excitación.

—Pues estábamos en plena faena y todo iba genial hasta que de repente, me mordió ahí abajo —dice Paloma señalando sus partes.

Los ojos de Miren se abren de par en par hasta casi salirse de sus órbitas.

—¿Te mordió el...?

—Bueno, no en la parte más sensible, por suerte, pero sí justo encima. Al parecer le excitaba mucho morder, pero a mí me dolió tanto que se me cortó el rollo. Tuve sus dientes marcados durante toda una semana.

Miren no puede aguantarse la risa y estalla en una sonora carcajada que le nace de lo más profundo, una risa sincera y visceral que contagia a Paloma, que se deja llevar hasta que no puede más.

—Está bien, tú ganas —cede Miren—, esa cita tuya fue mucho peor que la mía.

—Gracias —dice Paloma con las mejillas ardiendo por la risa—, espero que esta cita acabe mucho mejor.

A Miren se le escurre el vaso de refresco entre los dedos y acaba volcado sobre la mesa. Por suerte para ella, se ha apartado a tiempo de que el líquido no le caiga derramado sobre las piernas. Paloma observa la escena con la satisfacción de una directora de cine que ha logrado lo que pretendía con la toma, mientras que Miren nota que el corazón se le va a salir por la boca en cualquier momento.

El camarero aparece con un trapo y mientras él seca el estropicio, ella recupera la compostura y clava la mirada en Paloma.

—Yo no muerdo —afirma con mirada felina y la voz ronca.

Esta vez es Paloma la que no se espera semejante comentario, pero se mantiene impassible a pesar de que ha notado una leve contracción entre las piernas que la ha obligado a cruzarlas.

—¿Y tú? —pregunta Miren lanzada.

Paloma esboza media sonrisa y se muerde el labio antes de contestarle.

—No vayas por ahí, Miren. Si empiezas ese juego te aseguro que vas a perder —la amenaza provocativa haciendo que el corazón se le desboque.

—¿Eso es que sí o que no?

Paloma suelta un suspiro nasal y cabecea notando como su pulso también se dispara.

—No muerdo carne, pero sí que podría arrancarte las bragas con los dientes —afirma, y a Miren se le escapa todo el aire de los pulmones y se queda con la boca abierta—. Ahora levántate y paga esto, te invito a cenar.

Capítulo 5

Miren todavía no tiene muy claro cómo ha conseguido conducir hasta Mundaka con el temblor de cuerpo que le ha provocado Paloma antes de salir del bar. Acaban de entrar en un pequeño restaurante, Miren ya sabe lo exquisito que está todo porque ha estado ahí otras veces y agradece que Paloma no la haya llevado a cualquier parte. ¿Significa eso que le importa un poco, o solo quiere impresionarla? A su mente viene el recuerdo de las advertencias de su amiga y su hermana, pero decide desterrarlo y disfrutar el momento.

Esta vez sí que se sientan en una mesa un poco más aislada de la gente y Miren agradece la calma que se respira allí dentro, le hace mucha falta.

—¿Cómo es que tú y yo no hemos quedado nunca? —pregunta Paloma en cuanto la camarera les toma nota y desaparece después de dejar un plato de olivas sobre la mesa.

Miren alza la vista y la mira sin saber qué contestar.

—No lo sé, supongo que no hemos tenido la oportunidad. Yo últimamente no he estado muy por la labor, y tú parece que estás muy ocupada...

Miren deja de hablar y Paloma arquea una ceja.

—¿Ocupada en qué? —pregunta la policía con una expresión amenazante que pone muy nerviosa a Miren.

—Ligando —decide soltar y esta vez Paloma abre los ojos con sorpresa y sonrío.

—Así que estoy ocupada ligando, ¿por eso has venido? ¿Por qué iba a ser fácil ligar conmigo?

Paloma se ha puesto seria fingiendo estar ofendida, y lo ha hecho tan bien, que Miren la ha creído y permanece mirándola con la boca abierta y una incomodidad creciente subiéndole por el pecho.

—He venido porque tú me lo dijiste y a mí me apetecía —contesta finalmente—, a mí lo que diga la gente me da igual.

—Así que la gente dice cosas —sonríe Paloma dejando su interpretación para alivio de Miren, que la mira como si quisiera matarla.

—¿Es verdad que ligas tanto? —pregunta al ver que a Paloma no parece importarle hablar del tema.

—Ligo lo que me apetece, Miren, y no tengo que darle explicaciones a nadie.

—No te las estoy pidiendo, yo solo...

—Ya lo sé, no lo digo por ti, lo digo por quien sea que te ha hablado de mí.

—Solo fue un comentario, no una crítica —trata de restarle importancia después de hacer una pausa para que les sirvan los platos.

—Tranquila, no me importa. Soy consciente de que si eres mujer y ligas mucho, la gente enseguida te señala y empieza a hablar. A mí no me afecta, mientras ellos hablan, yo tengo orgasmos.

Miren traga saliva con la sensación de que la temperatura acaba de subir unos cuantos grados en el restaurante.

—Me va bien así por ahora, y tampoco ligo tanto como dicen, ni voy con una distinta cada vez. Suelo tener rollos de semanas con la misma, pero solo para tener sexo y pasar el

rato, no hay ningún otro tipo de compromiso entre ambas y cada una hace su vida a su antojo. La gente siempre tiende a exagerar.

—Disfrutas y no tienes problemas ni explicaciones que dar.

—Exacto.

—¿No echas de menos tener una relación más estrecha con alguien? ¿Poder contar con ella para algo más que para la cama?

Paloma la mira muy seria mientras piensa. Aunque no la ha tratado demasiado, hay algo en Miren que le gusta y la aprecia mucho.

—Ahora mismo estoy bien como estoy, tú no te enamores de mí, ¿vale?

A Miren la petición le parece tan decepcionante como de agradecer. No es que haya ido ahí con la intención de enamorarse de Paloma, pero tampoco lo ha hecho con las puertas cerradas a nada y se siente algo ofendida.

—Tranquila, no me enamoro tan fácilmente —dice para salir del paso.

No sabe por qué le ha molestado tanto el comentario, a lo mejor es porque siente que Paloma la está rechazando sin darle la oportunidad de conocerla, o porque acaba de ser consciente de que la policía solo está sentada frente a ella con una intención y que eso no hace más que darles la razón a Leire y a su hermana. En cualquier caso, sabe que no está siendo justa, porque ¿no es para eso mismo para lo que ha ido ella?

Paloma la mira un poco incómoda, no esperaba que la conversación terminase llevándolas por ese camino, pero ya que están, prefiere evitar malentendidos y dejar las cosas claras desde el principio.

—Supongo que te he parecido una ególatra redomada y narcisista con lo que he dicho —dice Paloma—, pero solo quiero que las cosas queden claras, Miren.

—No te preocupes —contesta ella—, esto es solo una cita, no tiene que acabar en matrimonio, pero agradezco tu sinceridad.

—Tampoco tiene que pasar nada más, podemos cenar y ya está.

Eso sí que ofende a Miren, que de repente siente que no es lo suficientemente atractiva para Paloma o que no está a la altura de sus expectativas. Su cara cambia en un gesto demudado que no consigue ni quiere disimular y deja los cubiertos a un lado de malas formas.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta la cena? —pregunta Paloma desconcertada.

—Dejo los cubiertos para no tener la tentación de clavártelos en los ojos —responde Miren furiosa—. ¿Por qué has quedado conmigo si no te intereso en absoluto?

—¿Qué?

Paloma parpadea confusa y suspira sin entender nada.

—¿No te atraigo ni un poco?

La policía abre la boca y se queda mirando a Miren unos segundos. Su corazón se acaba de acelerar.

—Sí, claro que me atraes, siempre me has parecido una chica muy llamativa.

—Pero no te acostarías conmigo.

Las cejas de Paloma se arquean y esta vez se rasca el pelo. Miren la está volviendo loca.

—¿Ves por qué no quiero nada serio con nadie? Ni siquiera nos hemos acostado y ya estamos discutiendo —reprocha Paloma antes de soltar un resoplido.

—No estamos discutiendo, eres tú, que te crees el ombligo del mundo. ¿No has pensado que a lo mejor soy yo la que no se quiere acostar contigo?

Paloma no entiende la rabieta repentina de Miren, pero descubrir su carácter fuerte ha llamado poderosamente su atención y, de repente, ya no siente enfado y decide calmar el mal humor de su cita desviando la conversación hacia un camino mucho más divertido.

—No me lo he planteado, la verdad, pero ya que lo mencionas, sería interesante saberlo. ¿Te acostarías conmigo?

Miren no puede creerse lo que oye y mira sofocada hacia ambos lados de la mesa para asegurarse de que nadie más ha escuchado la desfachatez de Paloma.

—Eres insufrible —protesta apretando la mandíbula.

—Tal vez, pero eso no responde mi pregunta. Dime, ¿te acostarías conmigo, sí o no?

Un duelo de miradas se instala entre las dos mujeres, Paloma quiere su respuesta y a Miren le repatea tener que dársela, por eso prolonga la situación todo lo que puede.

—Sí —admite entre dientes—, pero no te lo creas tanto, serías solo una más.

—Genial —aplaude Paloma satisfecha—. ¿Ves cómo no era tan difícil? ¿Por qué tenemos que discutir si las dos queremos lo mismo?

—Porque a veces hablas como si tú no lo quisieras.

—Que te haya dicho que no me interesa nada serio no significa que no quiera acostarme contigo.

En el fondo, Miren sabe que Paloma tiene razón, así que decide dejar de protestar y desvía la conversación hasta que el ambiente vuelve a ser relajado entre ambas y las dos pueden terminar de cenar tranquilas.

Capítulo 6

Cuando salen del restaurante, lo hacen hablando de manera distraída y jovial. Están recordando la época del instituto y han comenzado a caminar sin rumbo por las calles de Mundaka, alejadas del mundo y centradas en ellas.

—Yo vivo aquí —señala Paloma de repente.

Las dos se detienen y Miren tiene que parpadear un par de veces hasta lograr situarse, estaba tan sumida en la conversación con su acompañante, que ni siquiera recuerda el camino que han recorrido para llegar hasta donde se encuentran.

—¿Quieres subir? —propone la policía mirándola a los ojos.

—¿Vas a invitarme a una copa? —pregunta Miren con voz socarrona.

Paloma dibuja media sonrisa gamberra en su rostro y se acerca tanto a ella, que a Miren se le seca la garganta.

—Tú sabes que no, si subes va a ser para otra cosa mucho más satisfactoria para ambas —susurra muy cerca de su oreja.

A Miren le cosquillea el cuerpo entero cuando asiente y comienza a seguir a Paloma hacia el portal del edificio.

La ertzaina le cede el paso al interior de su morada y enciende una luz auxiliar del salón que lo ilumina todo de forma muy tenue. Miren solo tiene tiempo de dejar el bolso y la chaqueta en una silla antes de que Paloma le ponga una mano en el pecho y la empuje hasta acorralarla entre su cuerpo y la pared. Mientras, utiliza la pierna para separar las de Miren y presionar sobre su sexo hasta arrancarle el primer suspiro profundo y desesperado al mismo tiempo que la mano que tiene en su pecho asciende por su cuello con suavidad para sujetarla con firmeza por la mandíbula antes de besarla.

La lengua de Paloma llega antes que sus labios a la boca de Miren, que la recibe ansiosa, colocando las manos en sus nalgas para apretarla contra ella con todas sus fuerzas y una necesidad sobrehumana de sentirla. El beso se prolonga en una batalla de lenguas poderosas y sedientas hasta que las dos se quedan sin aire y se separan para mirarse con ojos hambrientos. Paloma no se corta y, después de deshacerse de toda la ropa superior de ambas, desabrocha el pantalón de Miren y se lo baja hasta los tobillos. La policía le besa los muslos y se los muerde al mismo tiempo que baja la cremallera de los botines de Miren para poder deshacerse de toda la ropa que le estorba. Miren jadea y acaricia el pelo de Paloma hasta que por fin queda desnuda y la policía, que siente una ansiedad desconocida por besar el pubis de Miren, le separa las piernas y la lame con tal pericia y precisión, que Miren comienza a sentir dolor en las yemas de los dedos mientras se esfuerza por mantener el equilibrio y no caer derrotada de placer tras el orgasmo.

De rodillas en el suelo, Paloma sigue repartiendo suaves besos por el abdomen de Miren mientras ella trata de recuperarse de la descarga de tensión que acaba de sufrir. La policía sigue subiendo hasta que llega a sus pechos, donde se entretiene succionando un pezón y después el otro hasta conseguir ponerlos duros de nuevo.

Miren no tiene muy claro si su corazón ha latido a ese ritmo encabritado alguna vez, pero sí que hay una cosa que sabe en ese momento, y es que ella también necesita probar el

sabor de Paloma. No recuerda haber sentido esa necesidad de dar placer antes, ni tampoco excitarse de un modo tan enloquecedor con solo pensarlo. Por eso, cegada por el ansia de llevar a cabo su cometido, agarra a Paloma por debajo de las orejas y la mira a los ojos tratando de contener la pasión que la desborda.

—Después de esto a lo mejor cambias de opinión y me llamas más veces —afirma y Paloma esboza una sonrisa que se corta cuando siente un calambrazo entre las piernas.

Su amante la empuja con suavidad sin dejar de mirarla como si quisiera comérsela entera, y la policía se excita tanto que decide que no es momento de oponer resistencia. Se deja guiar hasta el sofá, donde se deja caer sentada y permite que Miren la despoje de toda la ropa antes de arrodillarse ante ella.

—Abre las piernas —exige Miren ansiosa cuando Paloma las cierra a propósito.

—¿Para qué? —la provoca mordiendo ambos labios.

—Para que pueda probarte —contesta Miren sin poder apartar la vista de su pubis—, te quiero lamer hasta que me canse —añade poniéndole las manos en las rodillas para ejercer cierta presión hacia los exteriores.

Paloma no opone resistencia, el tono mortalmente seductor de Miren le ha provocado contracciones y la ansiedad por sentir la calidez y la humedad de su lengua se ha convertido en algo tan necesario como respirar.

Antes de comenzar su tarea, Miren dedica unos segundos a observar maravillada el sexo de Paloma. A la policía, en lugar de provocarle pudor o incomodidad, la excita de un modo delirante, porque Miren la observa como si fuera un manjar delicioso y prohibido, y cuando por fin se acerca a ella y la barre entera con la lengua, Paloma encoge los dedos de los pies y tensa todo el cuerpo para controlarse y no permitir que el orgasmo le llegue demasiado pronto. Quiere seguir disfrutando del momento todo lo que pueda, por eso se abre bien de piernas y se mueve buscando la lengua de Miren donde más la necesita, pero su amante no parece necesitar una guía, enseguida ha encontrado la manera de sobresaltar a Paloma y juega con ella hasta que la ertzaina no puede más y su cuerpo se arquea, empujando su sexo contra la boca de Miren mientras se deja llevar por la explosión de fuego que le estaba burbujeando en el vientre desde hacía unos segundos.

Capítulo 7

A Miren la despierta el ruido flojo que haría un ladrón que intenta coger cosas de la habitación mientras ella duerme. Abre los ojos y se da la vuelta, lo primero que comprueba es que sigue en casa de Paloma, lo segundo es que la policía no está en la cama; y lo tercero es que la puerta de la habitación está abierta hasta la mitad y que la luz que entra desde el pasillo a duras penas ilumina el armario.

Ahí es donde está Paloma, sujetando la linterna del móvil con una mano mientras busca algo en el interior. A Miren vuelve a cosquillearle todo el cuerpo sin que pueda hacer nada para evitarlo.

—Puedes encender la luz —dice somnolienta justo cuando Paloma encuentra lo que busca.

Cierra la puerta del armario y se guarda el móvil en el bolsillo antes de acercarse a la cama y sentarse al lado de Miren.

—¿Te vas? —pregunta Miren confundida.

Paloma está vestida y tiene el pelo húmedo tras la ducha, y por su forma de actuar y el uniforme limpio que ha cogido del armario, todo apunta a que la va a dejar sola.

—Hoy trabajo —susurra la ertzaina.

Miren trata de incorporarse descolocada, sin entender por qué Paloma no le dijo nada ayer por la noche. Si se lo hubiera dicho, se habría marchado, aunque si piensa en la noche que han pasado juntas, agradece que no lo hiciera.

—Vale, me visto en un momento —dice pasándose una mano por los ojos en un intento fallido de despejarse.

No sabe qué hora es, solo sabe que debe ser muy temprano porque es de noche.

—No, quédate y duerme lo que quieras, no hace falta que te levantes ahora. Hay café recién hecho y algo de bollería y galletas sobre la mesa. Puedes darte una ducha y hacer lo que necesites antes de irte. Ya nos veremos, ¿vale?

Paloma le hace una caricia suave en la mejilla y se levanta de la cama. Miren la observa mientras abandona la habitación sin saber qué decir y sintiendo que su confusión al lado de Paloma crece cada vez más. Se deja caer sobre el colchón cuando la luz del pasillo se apaga y la puerta del apartamento se cierra. Miren está demasiado cansada como para pensar con claridad, así que acepta la invitación de su amante y cierra los ojos.

Cuando se despierta el silencio es absoluto y su corazón se sobresalta. Miren se siente una intrusa cuando se levanta y se encierra en el cuarto de baño para ducharse antes de irse. No puede evitar observarlo todo a su alrededor y el corazón le da un vuelco cuando sobre un pequeño mueble que hay en el rincón, encuentra una toalla limpia sobre la que hay un cepillo de dientes nuevo y un conjunto de ropa interior sin estrenar.

Miren traga saliva mientras se pregunta si Paloma hace eso con todas sus amantes. ¿Deja a desconocidas en su casa y después les regala ropa interior y un cepillo de dientes?

Ni siquiera el agua reparadora de la ducha logra que se despeje y deje de pensar en ese detalle, que empeora cuando se dirige a la cocina y encuentra sobre la mesa todo lo que

necesita para darse un copioso desayuno. Miren está tan alterada por lo confusa y ansiosa que se siente que ni siquiera tiene hambre, pero tampoco quiere despreciar lo que Paloma le ha ofrecido, así que se bebe un café con leche y guarda un par de magdalenas en su bolso para que vea que ha comido algo. Después friega lo que ha ensuciado, deja la bollería tapada sobre el mármol de la cocina y limpia la mesa.

Se asegura de que todo está en orden y echa un último vistazo cargado de nostalgia hacia el interior del apartamento antes de cerrar la puerta para salir sin saber si alguna vez volverá a cruzarla. Esa incertidumbre le provoca un malestar que no se explica y mientras baja las escaleras, escribe un mensaje a su hermana y a su amiga diciendo que necesita una reunión urgente.

El lugar acordado es en casa de su hermana Alba y mientras se dirige hacia allí, ella misma se pregunta qué es eso tan urgente que necesita explicar. No sabe qué le pasa, solo que está nerviosa y que cuanto más se aleja de casa de Paloma, más incómoda se vuelve esa sensación asfixiante que tiene en el centro del pecho.

Miren llega a casa de su hermana al mismo tiempo que su amiga Leire, que viene cargada con una bolsa del horno de pan cuyo olor a bollería recién hecha le llega cuando se saludan. Entre las tres lo disponen todo, pero de nuevo, Miren no tiene hambre y se limita a servirse otra taza de café.

—Bueno, cuenta, ¿qué tal fue? ¿Has conseguido quedar con Paloma?

Su hermana la mira expectante mientras moja una magdalena en el café.

—Quedé ayer —suelta Miren y las dos levantan la vista y la clavan en ella sorprendidas.

—¿En serio? —pregunta Leire.

—En serio. Fui a buscarla a la comisaría cuando acabó su turno y me propuso tomarnos algo en un bar que hay por allí cerca.

Miren ve la expresión de circunstancias en la cara de su hermana y adivina su pensamiento sin necesidad de que le diga nada.

—No lo hizo por compromiso —aclara y Alba arquea las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Leire.

—Porque después me invitó a cenar.

—Anda —dice Alba—. ¿Y cómo fue? ¿De qué hablasteis?

—Acabamos en su casa y no he salido de allí hasta ahora —decide resumir Miren y las dos la miran boquiabiertas.

A su hermana le ha parecido que Miren llevaba puesta la misma ropa que el día anterior, pero como no estaba segura, tampoco le ha dado importancia al detalle. Ahora podría hacer algún comentario gracioso sobre ello, pero no va a hacerlo porque le preocupa el estado de tensión en el que está su hermana desde que ha llegado.

—Te advertí sobre Paloma, Miren —dice muy seria—. No te encapriches.

—Ella también me advirtió —contesta Miren con brusquedad.

—¿Te advirtió? —repite Alba sorprendida—. ¿Qué te dijo?

—Que no me enamore de ella, que no le interesa nada serio con nadie.

Leire arquea las cejas impactada y Alba se pasa la mano por el mentón en un claro gesto pensativo.

—Al menos es sincera, Miren. Eso es de agradecer.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué estás así? —le pregunta Leire.

—¿Así cómo?

—Enfadada —responde Leire—. Estás irritada y tensa. ¿Te dijo algo que no te gustase?

—Eso fue lo que no le gustó —adivina su hermana.

—¿El qué? —pregunta Leire confundida mientras que Miren nota un cosquilleo incómodo en la boca del estómago.

—Que Paloma le dijera que no quiere nada serio, que no se enamore de ella, eso es lo que le molesta. Por eso está así. ¿Me equivoco, Miren?

Miren baja la mirada y comienza a trazar líneas con el dedo sobre la mesa mientras piensa en lo que le ha dicho su hermana.

—No puedes enoñarte de ella, Miren —le dice Leire con voz suave, interrumpiendo el movimiento de su dedo al colocarle la mano encima.

—No me he enoñado —responde alzando la mirada.

—¿No? —pregunta su hermana arqueando una ceja.

Miren vuelve a sentir ese extraño cosquilleo al pensar en Paloma y carraspea mientras intenta aclararse.

—Esta mañana se ha ido a trabajar, me ha dejado durmiendo en su cama, ropa interior nueva en el baño, un cepillo de dientes y el desayuno... —relata Miren después de llenar de aire sus pulmones.

—Eso no significa nada, Miren —dice su hermana.

—¿Pensáis que hace eso con todas? ¿Que a cada mujer que lleva a su casa le da ropa interior limpia y la deja durmiendo en su cama mientras ella no está? —pregunta ofendida de un modo que ni ella misma se explica.

—Yo no creo que haga eso con todas —dice Leire y Miren siente otro tipo de cosquilleo, uno mucho más agradable que se desvanece cuando su amiga sigue hablando—, pero tú no eres una desconocida, Miren. Aunque sea de vista, vosotras os conocéis de toda la vida, sabe que eres de confianza y por eso te ha dejado allí. Dudo mucho que una mujer como Paloma, que es policía y sabe perfectamente lo peligroso que es confiar en desconocidos, deje mujeres en su cama así como así.

—No te decimos esto para fastidiarte, Miren, lo hacemos precisamente para que no lo pases mal, no puedes ilusionarte con Paloma, ella misma te lo ha dicho —dice cogiéndole la mano.

—Eso lo dijo anoche, puede haber cambiado de opinión. Vale que me conoce, pero no tenía por qué prepararme el desayuno ni regalarme ropa.

Alba mira a su hermana soltando un suspiro de desesperación, sabe que ni ella ni Leire podrán hacer que cambie de opinión. A Miren le gusta Paloma mucho más de lo que admite y ya no hay forma de pararlo, ahora solo queda que llegue el desengaño, que vayan pasando los días sin noticias de la policía y su hermana abra los ojos y se dé cuenta de que Paloma hablaba en serio, que no hay nada en Miren que la haga diferente a las demás.

Capítulo 8

Paloma no necesita la melodía de la alarma para despertarse. Lleva más de una hora dando vueltas en la cama sin poder dormirse desde que el sonido de la lluvia la ha desvelado. Ha sido incapaz de conciliar más el sueño, y eso, añadido a que anoche le costó bastante dormirse, la hace levantarse algo irascible y con cierto mal humor.

Enciende la luz y mira al otro lado de la cama, ese que hoy está vacío y que hace un par de días ocupaba Miren. Se rasca la cabeza al mismo tiempo que su cuerpo se sacude tras sentir un escalofrío y se levanta, aunque sigue sin poder apartar la mirada de ese lado de la cama.

No ha cambiado las sábanas, hace dos noches se convenció a sí misma de que no lo hacía porque no tenía tiempo, al salir de la comisaría, se pasó por casa de su abuelo Markel a hacerle una visita y terminó echando una partida al ajedrez después de cenar. Llegó tarde a su apartamento y estaba cansada, pero lo cierto es que no tiene muy claro por qué no las ha cambiado y sale de la habitación con el convencimiento de que eso será lo primero que hará hoy cuando vuelva del trabajo.

Mientras desayuna, lee varios mensajes que tiene sin contestar, entre ellos el de Ángela, una compañera de trabajo con la que ya se ha visto alguna vez y con la que se lleva muy bien porque ambas buscan lo mismo, es decir; nada serio. En el mensaje, su compañera y amante ocasional, le propone que se vean ese viernes en un bar musical de Bermeo para tomar unas copas y lo que surja. Paloma duda con la respuesta, no sabe por qué cuando iba a escribir le ha venido de nuevo el recuerdo de Miren y su olor en sus sábanas, pero eso la hace sentir incómoda y le contesta a Ángela que se verán allí.

El día en el trabajo transcurre con una lentitud exasperante, las horas se le pasan lentas hasta que llega el momento de parar para comer y solo un par de horas después, cuando precisamente están en la farmacia en la que su compañero le ha pedido entrar para comprar algo que le calme el dolor de estómago, reciben un aviso que activa la adrenalina en el cuerpo de Paloma. Se trata de un vecino de Mundaka que ha llamado alertando de que están atracando en el estanco del pueblo. Paloma y su compañero no es que sean la patrulla más cercana, es que se encuentran a unas decenas de metros del lugar.

Los dos salen de la farmacia dejando al boticario con la bolsa en la mano y, en el momento que ponen un pie en la calle y empiezan a correr bajo la lluvia torrencial que cae en ese momento en dirección al estanco, ven salir de él a un sujeto con sudadera negra que empuja a un par de viandantes que le bloquean el paso y sale corriendo hacia el lado contrario.

Paloma acelera el ritmo y cruza la calle en tres zancadas mientras su compañero se detiene frente al estanco para asegurarse de que no hay ningún herido que necesite asistencia. Al mismo tiempo, solicita ayuda y hace una breve descripción del sospechoso, pero apenas ha visto nada y lo único que puede hacer cuando corrobora que no hay heridos, es coger el coche y circular en la misma dirección que se ha marchado su compañera.

La ertzaina corre al límite de sus fuerzas por las calles de Mundaka mientras se va

limpiando el agua de los ojos con la mano, tiene un calor insoportable y el corazón le late tan deprisa que confunde los latidos con el sonido de sus pisadas en el asfalto mojado. Con la mirada clavada en su objetivo y obsesionada con no perderlo, ella va cavilando y tratando de memorizar detalles sobre el sujeto por si se le escapa. Por la altura y complexión, le resulta imposible saber quién es, pero Paloma tiene claro que debe ser alguien de Mundaka o de un pueblo vecino, porque parece tener muy claro por dónde debe ir en todo momento.

La policía hace un esfuerzo y acelera todavía más el ritmo mientras le grita a su compañero por la radio la calle por la que están corriendo. Poco a poco está reduciendo la distancia entre el atracador y ella, pero sabe que si baja el ritmo solo un instante, se le escapará, así que, aunque siente que los pulmones están a punto de explotarle, acelera un poco más agradeciendo que la calle no sea cuesta arriba como la otra noche cuando corría detrás de Miren.

El sujeto llega a una bocacalle y tuerce a la derecha en un movimiento ágil que deja pasmada a la policía, que por un momento piensa que lo va a perder, pero entonces es ella la que llega al final de la calle y va tan embalada, que necesita más espacio de la cuenta para hacer el giro sin tropezarse y, al invadir la calzada, aparece un coche como salido de la nada que clava los frenos al verla para evitar atropellarla. Paloma tiene el tiempo justo de detenerse antes de impactar con la parte frontal del vehículo, pero la inercia de la velocidad que llevaba, hace que su cuerpo venza hacia delante y termine apoyada sobre el capó.

Cuando mira hacia el interior del coche a través del movimiento de los limpiaparabrisas, se encuentra con los ojos asustados de Miren, que la observan pasmados mientras ella jadea exhausta y empapada sobre el coche. Paloma quiere gritarle y volcar su frustración sobre ella, pero sabe que la culpa no es de Miren, es ella la que ha invadido la calzada, y también la que está tan cansada que ya no le quedan fuerzas para intentar seguir corriendo en la misma dirección que ha huido el sospechoso. Todavía con el cuerpo apoyado en el capó de Miren y con el aliento entrecortado, Paloma avisa a su compañero de que lo ha perdido y, un segundo después, lo ve aparecer con el coche por otra bocacalle para seguir buscando.

—¿Te has hecho daño? —pregunta Miren, que se acaba de bajar del coche a pesar de que todavía le tiembla todo el cuerpo.

Paloma la mira y hace un movimiento negativo con la cabeza porque le es imposible vocalizar una palabra. Se ha forzado tanto que, hasta se nota un poco mareada.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre aparecer así? ¡Podría haberte matado! —le grita Miren, a la que el susto le sale en forma de ira.

La policía se incorpora lentamente y se queda de pie junto al coche, todavía sigue jadeando y nota que le van a explotar los gemelos, y por si fuera poco, el sospechoso se le ha escapado. Lo último que necesita es que Miren le grite.

—Si fueras más despacio habrías frenado a tiempo y yo habría podido atrapar a ese desgraciado.

Las cejas de Miren se arquean y su mandíbula se descuelga.

—¿Me estás culpando a mí? —pregunta Miren sin poder creerse lo que escucha.

Paloma le clava la mirada y no le contesta, solo la estudia al mismo tiempo que termina de recuperarse. Miren se da cuenta entonces de que su corazón no solo está desbocado debido al susto que se ha dado, también está alterada, tiene un estallido de mariposas en el estómago que no le permite respirar con normalidad y no puede apartar la mirada del rostro empapado de Paloma, a quien el agua le gotea por los labios entreabiertos

mientras ella se siente desfallecer.

—Me parece increíble que tengas tanta cara —sigue Miren, que está tan alterada que no puede callarse.

Se limpia el agua de la cara y se acerca a Paloma, que sigue con las manos apoyadas en su coche, mirándola de soslayo.

—Deberían... —brama Miren, pero su bronca se ve interrumpida cuando un dedo de Paloma se posa sobre sus labios provocando que las mariposas bailen ahora por todo su cuerpo.

—Shhh, calla —le dice la policía cuando su compañero le habla por la radio.

Paloma se concentra en escucharlo, pero su dedo sigue ahí, posado sobre los labios de Miren, que está paralizada.

—Tienes suerte de que no haya escapado —suelta Paloma cuando su compañero le confirma que ha detenido al sospechoso.

—¿Que tengo suerte? —espetea Miren irritada, después de apartarle el dedo de sus labios con un manotazo.

Paloma, aunque sigue agotada por la persecución, se acerca tanto a ella mientras la mira con media sonrisa entre seductora y provocadora, que a Miren se le seca la boca a pesar de toda el agua que le resbala por la cara.

—¿Sabes lo que le pasa a la gente que agrede a una agente de la policía? —pregunta Paloma señalándole las esposas a la vez que arquea una ceja.

—Si no estuvieras de servicio te cerraría esa bocaza con un beso que te dejaría sin habla el resto de la tarde.

A Paloma se le escapa el aire de los pulmones y traga saliva cuando un par de contracciones sacuden su sexo de forma violenta e inesperada. La impetuosidad y seguridad que acaba de mostrar Miren le ha gustado tanto, que ahora mismo desearía no estar de servicio para que la mujer que tiene delante, cumpliera su palabra.

—Primero me agredes y ahora me amenazas, ¿por qué tengo la sensación de que deseas que te ponga las esposas? —susurra en tono socarrón.

A Miren le suben los colores y la sangre le bombea toda en el mismo sitio al escucharla, pero no se acobarda.

—Incluso con las esposas puestas podría cerrarte la bocaza para que dejases de fanfarronear.

—¿En serio? ¿Y cómo harías eso?

A Paloma le da un calambre en la pierna justo antes de que Miren pueda contestarle. La policía se dobla de dolor hacia delante y se coge la punta del pie para estirar el músculo hasta que se le pasa.

—Joder —lamenta suspirando.

—Si en lugar de culparme y vacilarme hubieras hecho ejercicios de estiramiento, no te habría pasado esto —dice Miren intentando aguantarse la risa.

Un coche esquiva el de Miren para pasar y las dos se distraen un segundo mirándolo.

—Deberías irte —dice Paloma mientras se masajea la pierna.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —se ofrece Miren, limpiándose la cara de nuevo.

—No, mi compañero me recogerá ahora, pero gracias.

—De acuerdo —asiente apretando los labios.

—Siento haberte asustado, Miren —dice Paloma cuando estaba a punto de darse la vuelta para subir al coche.

Miren sonríe sintiéndose ganadora, agradece que Paloma no sea tan soberbia como aparenta.

—A gritos —dice Miren abriendo la puerta.

—¿Qué?

—Tu bocaza, te la cerraría haciéndote gritar —dice y se mete en el coche.

Paloma nota que las piernas le tiemblan en ese momento, y decide que no puede ser que Miren tenga la última palabra, así que sorprendiéndola, abre la puerta del copiloto y se asoma al interior del coche.

—¿Llevas puesta la ropa interior que te di?

A Miren esta vez la coge tan desprevenida, que lo único que puede hacer es negar con la cabeza mientras intenta contener el hormigueo intenso que se ha desatado entre sus piernas.

—Deberías venir a devolvérmela.

Los ojos de Paloma la miran fijamente, y ella, de nuevo tan descolocada, solo asiente.

—Tráela puesta, Miren —ordena Paloma antes de cerrar la puerta.

Capítulo 9

Paloma llega a la comisaría de Bermeo nerviosa, debería pesarle más la frustración que siente porque el sospechoso se le haya escapado y haya sido su compañero el que lo ha detenido, pero lo que ella no puede sacarse de la cabeza es el encuentro con Miren. Tiene la imagen de la mujer despotricando bajo la lluvia grabada a fuego en su memoria. Miren le ha parecido hoy incluso más guapa que el otro día, y en un acto de descontrol y de tensión sexual entre ambas, la ha vuelto a invitar a su casa por segunda vez.

Eso la tiene inquieta, no sabe si Miren irá o pasará de ella, y Paloma no está acostumbrada a ese tipo de incertidumbres.

Después de ducharse y ponerse ropa seca, rellena todo el papeleo correspondiente y, junto a su compañero, relata su versión ante su superior antes de irse por fin a casa.

Son algo más de las nueve cuando suena el timbre y a Paloma el corazón le da un vuelco cuando escucha la voz de Miren al otro lado del telefonillo. No sabe por qué se acaba de alterar de esa manera, pero se recompone y mantiene el tipo cuando abre la puerta y le franquea el paso.

Si la policía está nerviosa, a Miren a duras penas la sostienen las piernas, pero está decidida a no dejar que Paloma tenga el control absoluto de la situación, ella no es tan dócil como se piensa, y va a demostrárselo.

—Has venido —dice Paloma con media sonrisa de satisfacción—. ¿Llevas puesta la ropa interior que te di?

Paloma utiliza un dedo para tirar del cuello del jersey de Miren y dirigir su mirada por debajo de la ropa, pero Miren la aparta de un tortazo que la hace sonreír todavía más.

—La llevo, aunque debes saber que me la quitaré cuando yo quiera. Antes tengo que enseñarte cómo se hace un cacheo de verdad, la otra noche me di cuenta de que no eres muy espabilada en ese asunto —dice y la empuja de cara a la pared.

Paloma, tan sorprendida como excitada por la reacción de Miren, se deja hacer y apoya las manos en la pared como si fuera una delincuente.

—Separa las piernas —ordena autoritaria Miren.

La policía obedece y contiene la respiración cuando Miren se pega a su espalda y le susurra al oído.

—Voy a proceder a registrarla, ¿está de acuerdo?

Paloma carraspea y asiente, trata de girar la cabeza porque necesita ver a Miren un segundo, pero ella la sujeta por la nuca con firmeza y se lo impide.

—He dicho contra la pared, y nada de movimientos bruscos.

La policía tiene el corazón desbocado y una ansiedad desconocida atenazándole el pecho. Está muy excitada y cuando nota las manos de Miren cerrarse sobre sus tobillos, las piernas comienzan a temblarle.

Miren palmea milímetro a milímetro la pierna derecha de Paloma, subiendo lentamente desde el tobillo hasta quedarse justo por debajo de su sexo, donde se permite insinuarse y rozar con la suficiente presión como para provocar que la agente se tense y su cuerpo se sacuda en un calambre de placer que la hace contener el aliento. Paloma mantiene

la compostura y Miren repite el proceso con la otra pierna, la aprieta con firmeza, notando la dureza de sus músculos y la tensión de su cuerpo. Vuelve a llegar a su sexo, y esta vez, para desesperación de Paloma, lo ignora y sube a su cintura.

La policía trata de girarse exigente, pero Miren, implacable, vuelve a ponerla de cara a la pared colando una pierna entre las suyas para dejarle claro quién manda en ese instante.

—Así es como se hace —susurra su amante.

Miren mete las manos por debajo de la camiseta de Paloma y comienza a recorrer su espalda de forma suave y desesperante, pasa los dedos por sus axilas y la policía siente un escalofrío cuando Miren continúa hacia delante y sus manos van directas hasta sus pechos, desprovistos de sujetador. Los rodea con las manos y los masajea, pasando los dedos por debajo y pellizcando con suavidad sus pezones mientras le da besos en el cuello.

—Por aquí no parece que haya nada peligroso —dice Miren y una de sus manos desciende por su vientre presionando y haciendo jadear a Paloma cuando llega hasta su pubis y se cuela por debajo de la goma del pantalón—. Vamos a ver por aquí.

La otra mano de Miren hace lo mismo por la parte trasera de su cuerpo y, cuando Paloma se quiere dar cuenta, tiene una por delante y otra por detrás. Le ha bajado los pantalones y las bragas por debajo del culo y masajea y se pasea por sus partes más íntimas explorando cada rincón como si fuera a encontrar algo. La ertzaina apenas puede respirar, se nota empapada y está tan excitada que solo puede pensar en las sacudidas y los calambrazos de su sexo ante cada roce de los dedos de su amante.

—He dicho que no te muevas —ordena Miren cuando Paloma trata de girarse para entregarse por completo a ella.

Sus órdenes no hacen más que acrecentar su deseo, y cuando Miren la penetra lentamente hasta que no puede más, suelta un aullido de placer que incluso a ella se le antoja desconocido. Miren empieza un movimiento rítmico y mortalmente agradable dentro de ella mientras su otra mano masajea su clítoris de forma tortuosa. A Paloma a duras penas la sostienen las piernas mientras jadea y se sacude con violencia contra esa mano intentando aguantar la llegada del orgasmo que amenaza con devorarla como una llamarada. Está disfrutando como nunca, la sensación en todo su conjunto es tan placentera, que no quiere que termine, pero ni siquiera ella, que es capaz de controlarlo todo si se lo propone, consigue contenerse cuando Miren aumenta el ritmo y curva los dedos en su interior.

—Oh, mierda —jadea y estalla de placer, cerrando las piernas y encogiéndose contra la pared mientras los últimos latigazos del orgasmo le golpean todo el cuerpo, dejándola exhausta y tan debilitada, que se tiene que dejar caer de rodillas en el suelo para recuperarse.

—Así es como deberías haberme cacheado la otra noche —le susurra Miren atrayendo su cuerpo contra el suyo.

Paloma asiente y una sonrisa débil escapa de sus labios mientras su cabeza reposa sobre el pecho de Miren.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que salgas corriendo —dice y las dos se ríen.

—Así me gusta —aplaude Miren satisfecha por lo que ha conseguido.

—Me parece que este es un buen momento para que me devuelvas la ropa interior —dice Paloma girándose hacia ella.

—He dicho que me la quitaré cuando yo quiera.

Miren ha tratado de sonar firme, pero la mirada penetrante de Paloma le ha desbocado el corazón y nublado la mente.

—No te lo estaba preguntando —zanja la policía, y Miren nota que se deshace cuando Paloma toma posesión de su cuerpo y la besa de un modo tan apasionado, que en ese momento decide que está dispuesta a entregarle incluso hasta su alma.

—¿Puedo quedarme a dormir? —pregunta Miren en voz baja, acurrucada entre los brazos de Paloma.

Las dos han terminado desmadejadas sobre el sofá y Paloma le ha pasado un brazo por encima para pegarla a su cuerpo y calmarla entre besos cuando Miren pensaba que iba a morir tras el último encuentro. Después han entrado en un estado de sopor que las ha dejado en silencio, tranquilas una al lado de la otra durante un tiempo que Miren tiene claro que no quiere que termine.

Paloma alza la mirada y ve en el reloj de pared que son más de las diez de la noche. No está segura de que sea buena idea, empieza a haber algo con Miren que se escapa a su control y eso la pone nerviosa. Tiene el presentimiento de que la línea que mantiene a raya sus emociones y sentimientos comienza a ser muy fina cuando está con ella, y que si sigue a su lado, corre el riesgo de que se diluya y ya no sea capaz de controlarlo. Sabe que si no quiere que eso pase, debe cortar con ella de raíz y no permitirse más encuentros, pero ahora la tiene ahí, es muy tarde para que se vaya y debe admitir que no le apetece que lo haga.

—Debes saber que no he cambiado las sábanas desde el domingo —contesta Paloma a su espalda.

Miren nota que toda la piel del cuerpo se le eriza y solo cuando contiene la respiración, Paloma se da cuenta del alcance que puede tener su confesión.

—No he tenido tiempo —añade con rapidez.

Pero ya es tarde, a Miren la emoción la está desbordando por dentro, no puede evitar pensar que es otra señal aunque Paloma se niegue a verla.

—Eres una guarra —dice para no mostrarse vulnerable ante ella, fingiendo que no le importa a pesar de que está deseando saltar de emoción.

—Eso no me lo dices cuando me como esto —dice Paloma divertida al mismo tiempo que coloca la mano entre las piernas de Miren.

Ella suelta una carcajada por lo inesperado del comentario y el gesto, aunque al mismo tiempo ha cerrado ambas piernas atrapando su mano ahí, sintiéndola con una intensidad cada vez más fuerte. Miren se gira, y ahora es ella la que comienza a besar a Paloma, solo que lo hace de un modo más pausado y profundo. Paloma nota la carga sentimental que hay en ese beso y, aunque sabe que debería detenerlo, en ese momento le resulta imposible hacerlo.

Capítulo 10

Esta vez es la alarma de Miren la que suena y las despierta a ambas. Por un momento, Miren se desubica y no consigue tomar conciencia de dónde se encuentra hasta que Paloma enciende la luz de la mesilla y también, desorientada y sin saber si tiene que trabajar o no, comprueba la hora en la pantalla de su móvil.

—Perdona, olvidé apagarla —dice Miren compungida, incómoda por haberla despertado.

Paloma bosteza y se estira como una gata, después se queda bocarriba y, tras unos segundos que se toma para centrarse, ladea la cabeza hacia el lado de Miren.

—No te preocupes —dice y vuelve a bostezar haciendo una mueca de dolor.

Después de la intensa carrera de ayer por la tarde detrás del sospechoso, ahora tiene agujetas en los gemelos.

—¿Te duele? —pregunta Miren cuando la ve masajearse los músculos para destensar un poco.

A duras penas puede contener la risa y su mirada y expresión tan frescas de buena mañana, hacen que a Paloma le resulte imposible pedirle que se marche cuanto antes como había planeado.

—Agujetas —admite la policía haciendo un mohín.

Miren vuelve a sonreír y Paloma entorna los ojos.

—Ahórrate el comentario.

—No iba a decir nada —contesta Miren y se levanta de la cama—. ¿No trabajas hoy?

Paloma se abraza las piernas flexionadas y niega con un movimiento de cabeza.

—No, me pedí el día libre para ayudar a mi abuelo. Tuvo un reventón en la cocina y ahora que lo ha reparado hay mucho que limpiar.

Miren la observa con una leve sonrisa mientras termina de coger su ropa y Paloma se da cuenta de que ha dado más explicaciones de las que suele dar.

—Tu abuelo es un hombre con suerte. ¿Cómo está?

—Bien —contesta sin más detalles.

Su corazón se ha acelerado y no sabe adivinar el motivo, solo sabe que la presencia de Miren le resulta cada vez más agradable y eso va en contra de su forma de vida. Tiene un debate interior que la aturde y la hace sentir incómoda. Hay una parte de ella que desea dejarse de tonterías y volver a abrirse, y otra aterrorizada que se niega a dejar que los sentimientos fluyan. Paloma valora mientras Miren la observa titubeante.

—¿Te importa si me doy una ducha? He traído ropa interior de recambio —dice y le muestra unas braguitas que saca de su bolso y mueve divertida en el aire.

A Paloma se le olvida su debate interno y se ríe sin poder aguantarse.

—Lo de que me devolvieras la ropa no era en serio, Miren —dice arqueando una ceja.

—Lo sé, tal vez deba volver otro día a recuperarla.

Tras esa afirmación que suelta en broma pero que a Paloma le corta el aliento, Miren se encierra en el baño. La ertzaina, turbada y muy confundida, se dirige a la cocina y apaga sus pensamientos preparando el desayuno para ambas.

A Miren los ojos se le desorbitan cuando ve los tazones de leche y las tostadas que hay sobre la mesa. Anoche no cenaron y tiene un hambre que se muere.

—¿De qué trabajas? —pregunta Paloma, que no soporta el silencio entre ambas.

—Soy diseñadora gráfica. Trabajo por mi cuenta, no me hago de oro, pero me da para vivir —dice tapándose la boca para hablar.

—Eres tu propia jefa y te levantas a las siete y media de la mañana —comenta Paloma sorprendida.

Miren lamenta no haberse acordado anoche de la maldita alarma, de haber sabido que Paloma no trabajaba, se habría quedado un rato más con ella.

—Sí —reconoce sonrojada—, necesito marcarme unos horarios, si no me quedaría en casa vagueando todo el día.

—¿No trabajas desde casa?

Miren niega con firmeza mientras termina de masticar.

—Alquilé un despacho, es poca cosa, pero necesitaba sentirme en un entorno de trabajo.

—Eres disciplinada —concluye la policía y sonrío.

—Supongo que sí.

La diseñadora ha terminado el desayuno y sabe que no puede estirar más los minutos en casa de Paloma, así que se levanta y la ayuda a recoger.

—Deja, yo me ocupo, tú vete al trabajo que no quiero tener la culpa de que te saltes el horario y se te desalineen los chacras.

A Miren le entra la risa floja y desea acercarse a Paloma para besarla, pero no se atreve, la nota un poco tensa y no quiere agobiarla. Para ella todo lo que pasa no hace más que confirmarle que entre ellas puede haber mucho más que encuentros esporádicos. Recuerda las palabras de su hermana y Leire, y también las de Paloma cuando le pidió que no se enamorase de ella afirmando que no le interesaba nada serio, pero no puede evitar pensar que está sucediendo algo, y si ella se da cuenta, está segura de que Paloma también aunque se niegue a verlo, solo debe tener paciencia.

—Bueno, me voy ya, ha sido un placer volver a verte —dice y le estampa un suave beso en los labios que Paloma no ve venir.

La policía se queda clavada en el sitio mientras Miren cruza la puerta de su casa y desaparece tras ella. Paloma llena los pulmones y suelta un resoplido que le infla los mofletes en cuanto se queda sola. Estaba muy tranquila antes de conocer mejor a Miren, y no está segura de querer que eso cambie.

Capítulo 11

Es viernes y el estado emocional de Miren está lleno de altibajos. Desde que el martes salió de casa de Paloma, se siente tan eufórica como triste.

Sabe que entre ellas pasa algo porque cuando están juntas el aire se calienta y todos los elementos entran en ebullición. No son imaginaciones suyas, no se trata de ese clavo ardiendo al que se aferra una chica enamorada cuando quiere ser correspondida a toda costa, es que ella lo sabe, lo percibe en alguna parte de su corazón y de su mente. Son esas cosas que se saben y punto. Pero después está Paloma y ese empeño suyo en negarse a ver lo evidente. Desde que el martes se fue de su casa, no ha vuelto a saber nada de ella y eso la tiene con el corazón en un puño.

—Debería llamarla —dice mientras cena con su hermana y su amiga Leire.

—Y dale —resopla Leire—. Ya hemos admitido por lo que cuentas que a lo mejor Paloma sí que siente algo por ti, pero no puedes agobiarla, ella y tú no os habéis encontrado en el mismo momento de vuestra vida, Miren.

—Leire tiene razón, tú estabas abierta a conocer a alguien, ella no, y te lo dejó bien claro, Miren. Si de verdad siente algo por ti, debe ser ella la que se dé cuenta y venga a buscarte.

—Ella no me va a llamar, no tiene mi número.

—¿Y tú si tienes el suyo? —se sorprende Leire.

—En realidad, no, pero puedo llamar a comisaría y pedir que me pasen con ella.

—Es viernes por la noche, no creo que esté trabajando —opina Alba.

—Ya lo sé —contesta su hermana con los ojos en blanco—, no digo de llamarla ahora, solo de hacerlo un día de estos.

Alba la mira suspirando, aterrorizada por lo mucho que su hermana se ha enganchado a Paloma.

—De acuerdo, llámala si quieres algún día de la semana que viene —dice Alba.

—O intenta atropellarla —se burla Leire y las tres se ríen.

—También puedes cometer un robo y esperar a que venga a detenerte —sigue su hermana—, que parece que vosotras solo os encontráis cuando ella está de servicio.

Miren suspira sonriente y asiente.

—Tal vez sea el destino.

—Ay, madre. Ya vale —dice Alba—. El lunes la llamas y le pides matrimonio, pero esta noche te olvidas, ahora nos vamos a tomar algo y a divertirnos las tres juntas, nada de pensar en Paloma. ¿Queda claro? —le advierte amenazándola con el dedo.

—Vale —concede Miren sonriendo.

Miren, Alba y Leire salen del restaurante y caminan por las calles de Mundaka sin prisas, mientras hablan de sus planes para el resto del fin de semana. Casi sin darse cuenta, han llegado al bar de copas de las afueras y entran tan distraídas, que Miren no se percató de que Paloma también está en el interior.

La policía está tomando una copa en una de las mesas altas situadas en el rincón junto a su compañera y amante ocasional, Ángela. Ella tampoco ha advertido la entrada de las tres

mujeres, está sentada de espaldas a la puerta y centrada en su conversación con Ángela.

—¿Nos tomamos otra y nos vamos a mi casa a por la última? —propone Ángela alzando la mano cuando uno de los camareros pasa por su lado.

Paloma vacila en la respuesta y apura lo que le queda de su copa de un trago antes de que se la cambien por una nueva.

—¿Tan pronto? —pregunta entregándole el vaso vacío al camarero.

Ángela sonríe y le da un toque con el pie por debajo de la mesa.

—¿Qué te pasa hoy? Estás un poco rara.

—¿Yo?

—Sí, claro, no hay nadie más con nosotras —dice Ángela con los ojos en blanco.

—No me pasa nada, es solo que me apetece estar un poco más aquí.

—No me digas que quieres bailar —se ríe Ángela y Paloma también lo hace mientras niega con un movimiento rotundo de cabeza.

—Ni loca.

Ángela apoya un pie en el suelo y acerca su taburete hasta situarse muy cerca de Paloma. Le hace una sutil caricia en el brazo y después se inclina y le da un beso en el cuello.

—No tardes mucho en decidirte, tengo un juguete nuevo y me estoy muriendo de ganas de probarlo contigo —le susurra y a Paloma se le seca la boca.

—¿Nos sentamos? —propone Alba después de pagar la primera ronda en la barra.

Es cuando se giran y escanean el local en busca de una mesa libre cuando los ojos de Miren se clavan en una mujer que está de espaldas. No necesita que se gire para saber que es ella, conoce su anatomía de memoria, sus gestos, y también el reloj plateado que decora su muñeca izquierda.

—¿Qué haces? ¿Por qué te paras? —pregunta Leire a punto de tropezar con su amiga.

Alba y ella no necesitan respuesta cuando miran hacia el mismo lugar que lo hace Miren, porque Paloma se ha girado un poco y ahora está de perfil a ellas, se encuentra sentada muy pegada a otra mujer con la que tontea claramente.

—Te lo dije, Miren, a Paloma no le interesa nadie —bufa Alba notando como el mal humor se instala en su interior.

Pero su hermana ni siquiera la escucha, se ha quedado petrificada sin poder apartar la mirada de Paloma mientras la decepción y una dolorosa sensación de derrota se apoderan de ella.

—Vámonos a otro sitio —propone Leire.

Miren la ignora a ella también y deja su copa sobre la barra con un gesto brusco que su hermana conoce muy bien.

—¿Qué vas a hacer, Miren? Ni se te ocurra decirle nada, no te rebajes —dice tratando de detenerla.

Su hermana la esquivo y va directa hacia la mesa donde se encuentra Paloma mientras nota como los ojos se le llenan de lágrimas.

—Hola, Paloma —dice dando un toque en su hombro para llamar su atención.

A la policía se le congela la sangre en las venas y el corazón comienza a latirle encabritado cuando se encuentra de frente con la diseñadora.

—Miren... —pronuncia su nombre desconcertada.

—Tranquila —dice ella barriéndose una lágrima con los dedos—. He venido con unas amigas y te he visto, la verdad es que pensaba que entre tú y yo estaba pasando algo —

añade sin parpadear—, pero es evidente que no.

—Miren... —repite Paloma.

—Cállate, esto ya es bastante humillante para mí. Espero no volver a cruzarme contigo en la vida. Y tú —dice dirigiéndose a Ángela—, espero que solo te apetezca follar y no busques otra cosa, porque lo primero se le da de maravilla, pero para lo segundo es pésima.

Miren se da la vuelta y se marcha ante la mirada atónita de Paloma, que siente que el corazón se le va a salir por la boca.

—Madre mía —dice Ángela con las cejas arqueadas y los ojos a punto de saltarle de las cuencas en cuanto Miren se marcha.

Paloma siente el impulso de salir corriendo tras ella para explicarse, pero se ha quedado clavada en el sitio procesando lo que acaba de pasar.

—¿Tienes un lío con ella? —pregunta Ángela, ajena al barullo que hay en la cabeza de su compañera en ese instante.

Necesita un momento para darle una respuesta, porque Paloma, por un momento duda y busca en su cabeza ese detalle que se le ha escapado y que la ata a Miren, pero no lo encuentra y eso la enfada y también la frustra. Niega con un movimiento notando como algo parecido a la rabia crece dentro de ella. De nuevo tiene ganas de salir corriendo detrás de Miren, pero de inmediato, otra parte que se encuentra en algún punto recóndito de su cerebro, le recuerda que no le debe nada, que ha sido sincera con ella siempre y que el enfado y el número que le ha montado, no están justificados.

Coge su copa y bebe un par de tragos generosos que le queman el esófago, no sabe por qué se siente tan mal y eso le recuerda el motivo por el que no quiere complicarse con ninguna mujer. Hasta hace unos días tenía una vida muy tranquila, y ahora siente que comete un delito si se acuesta con Ángela, una traición, una traición contra Miren cuando entre ellas no hay nada.

—Le dije que no quería nada serio, fui muy clara —escupe de repente y vuelve a beber de su copa.

Ángela la mira sin saber qué decir.

—Supongo que hay cosas que no se controlan —dice tras meditar unos segundos.

Paloma le clava una mirada fría y después la desvía hacia la barra, pero Ángela no está dispuesta a que el ataque de celos de ninguna mujer le joda el plan esa noche, así que se baja del taburete y mete su cuerpo entre las piernas de Paloma.

—Vámonos a mi casa, te prometo que haré que te olvides de ella —le susurra presionando su sexo con el muslo.

La policía asiente con cierta turbación y se levanta movida por un tipo de rabia diferente al que ha empujado a la diseñadora. A Miren la han movido los celos y la decepción, a Paloma la gobierna la ansiedad que siente por recuperar el control de su vida y demostrarse a sí misma que nada ha cambiado.

Capítulo 12

El trayecto desde el bar hasta la casa de Ángela no es muy largo, son apenas diez minutos, pero mientras ese tiempo va transcurriendo, Paloma va notando una creciente ansiedad en el pecho. No dice nada al respecto y sigue caminando, tratando de convencerse de que todo se debe al mal humor que tiene tras la escena de Miren, pero en el momento que cruza la puerta de la casa de Ángela y esta la cierra tras ella, la ansiedad se triplica y Paloma siente tal opresión en el pecho, que le empieza a faltar el aire y de repente tiene la sensación de que si no sale corriendo a la calle, se desmayará allí dentro.

—Lo siento, Ángela, no puedo —dice y se lanza hacia la puerta como si la casa estuviera en llamas.

Su compañera de trabajo no tiene tiempo de rebatir nada, ni tampoco de preguntarle si se encuentra bien o necesita que la lleve a casa, porque Paloma ha desaparecido de su vista en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando llega a la calle respira demasiado rápido, como si se estuviera ahogando o viniera de perseguir a un sospechoso. Por un momento la vista se le nubla y tiene que apoyarse en una farola unos segundos hasta que logra calmarse. Ahora tiene ganas de llorar y no sabe por qué, solo sabe que se arrepiente de no haber corrido detrás de Miren, y también de no haberle dado una explicación, incluso se arrepiente de haber quedado con Ángela.

Paloma se yergue y sus ojos se abren sorprendidos cuando de repente lo ve todo claro en su cabeza, como si ese ataque de ansiedad hubiera sido una revelación para mostrarle lo que en realidad le pasa. Se da cuenta de que es tonta de remate, que, desde que conoce a Miren, ya no le interesa nadie, que le gusta estar con ella, que la echa de menos y que negarse eso solo porque no quiere complicarse, es de ser cobarde y muy imbécil. Se está enamorando de ella, no lo ha buscado pero ha pasado, y no asumirlo solo la ha llevado a hacerle daño a Miren, a que la odie y no quiera verla.

Deja caer la cabeza hacia delante y apoya la frente en el hierro helado de la farola. El frío que percibe durante varios segundos consigue serenarla y la sensación de ahogo comienza a remitir poco a poco, aunque no las ganas de llorar. Mira el reloj, podría ponerse a buscar a Miren por todo el pueblo hasta dar con ella, pero ahora mismo está tan agotada mentalmente que no sabe qué puede decirle para que la perdone, así que decide irse a casa y descansar un poco, con la mente despejada y sin restos de alcohol en la sangre, pensará mejor.

Cuando Paloma abre los ojos, ve a través de las rendijas de la ventana que no solo es de día, también ha salido el sol y eso la hace sentirse un poco mejor. Mira el reloj comprobando que no es muy tarde, aunque no lo suficientemente pronto como para llegar a tiempo de desayunar con su abuelo. Eso es lo que necesita, la serenidad del hombre que la ha criado para calmarse y que todo se ponga en su sitio. Se da una ducha que prolonga más de la cuenta y después de vestirse, se toma un café con leche y un par de tostadas y se va directa a la casa donde ha vivido hasta que se independizó un poco antes de entrar en la

Ertzaintza.

Paloma utiliza sus propias llaves para acceder a la vivienda, su abuelo ha perdido un poco de audición y según en qué parte de la casa se encuentra, no escucha el timbre. Lo llama en voz alta y al no obtener respuesta, deduce que está en la terraza, pero antes de salir se pasa por la cocina atraída por el olor de las rosas recién horneadas sin resistir la tentación de coger un par de ellas antes de continuar su trayecto.

—¿Robando en mi cocina?

La voz de su abuelo la sobresalta y Paloma se gira con una rosquilla en la boca y la mirada brillante de alegría por verlo. Termina de morder y se abraza a él antes de darle un beso.

—Siéntate, voy a hacer café —dice su abuelo Markel con un carácter tan áspero como su voz.

Su nieta se deja caer en una silla y sonríe antes de dar otro mordisco. Su abuelo no es un hombre cariñoso por costumbre, pero sí cuando ella lo necesita, lo cual le parece más que suficiente.

—¿Qué haces por aquí un sábado tan temprano? —pregunta sentándose frente a ella con dos tazas de café.

—Venir a verte.

Markel no es un hombre dado a las sonrisas, pero esta no puede contenerla.

—Por la tarde sí, por la mañana no —rebate él, con mirada intensa.

—Está bien —admite su nieta removiendo el café—. ¿Te puedo hablar de una mujer?

Markel la mira sin inmutar el gesto y asiente antes de dar un sorbo a su café y prestarle toda su atención.

—Debe ser una mujer importante —dice sorprendido.

—¿Importante? —repite Paloma sin entender a su abuelo.

—Nunca me has hablado de ninguna.

—Eso no es cierto —dice dubitativa—, siempre te he hablado de las chicas con las que he salido en serio.

—Pero nunca me has pedido consejo sobre ninguna —declara él mirándola fijamente.

Paloma abre la boca y vuelve a cerrarla, es incapaz de rebatir la afirmación de su abuelo.

—¿Qué has hecho? —pregunta directo como una bala.

—¿Yo?

Paloma no sabe si está ofendida o sorprendida por las dotes adivinatorias de su abuelo.

—Bueno, si la cosa fuese bien no me estarías pidiendo ayuda, ¿no?

—¿Y cómo sabes que va mal?

—Porque estás aquí un sábado por la mañana pidiendo consejo a tu abuelo carcamal, muy bien no puede irte, hija —concluye él y Paloma se da cuenta de que está muy jodida.

—La verdad es que no sé cómo me va, en realidad, yo no he hecho nada, abuelo —dice ceñuda.

Él la mira desconcertado, una cosa es que esté dispuesto hacer de abuelo, madre, padre, hermana y amiga, y otra que tenga que meterse en la cabeza de su nieta.

—¿Y bien? —dice él.

Ella encoge los hombros y resopla, después muerde una rosca mientras piensa cómo abordar el tema. Realmente se siente perdida.

—Para mí estaba muy claro que no teníamos nada serio, pero anoche me vio con otra chica y ahora no quiere verme ni en pintura.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta Markel sin moverse ni un centímetro.

—¿Qué?

—Tú no quieres nada serio y ella está enfadada, ¿no debería darte igual?

Paloma tiene ganas de tirarle lo que le queda de su rosca en la cabeza.

—No me da igual —admite entre dientes.

—¿Y por qué le dijiste que no querías nada serio? —pregunta él tratando de entenderla.

Su nieta vacila un momento para buscar una respuesta adecuada en su cabeza, pero la mirada inquisitiva de su abuelo no le permite rebuscar y contesta con la verdad más absoluta que ha dicho desde que conoce a Miren.

—Porque cuando se lo dije no lo quería —declara y deja la rosca para frotarse los dedos con nerviosismo, los tiene helados.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—¿La respuesta?

—Antes no querías y ahora sí, algo ha pasado entre vosotras en ese tiempo. Seguramente es ella, no tú, tú eres rara como tu abuelo —Paloma esboza una sonrisa—, ella tiene algo que te ha cautivado, y tú eres tan tonta que no lo has visto hasta que la has hecho enfadar.

—Eres un asesor sentimental un poco extraño —se ríe su nieta al mismo tiempo que asiente admitiendo que su abuelo tiene razón.

—Soy lo que tienes y tú lo que tengo yo, nos tenemos que apañar —sus palabras suenan tan ásperas como su voz, pero, en realidad, es una de las cosas más profundas que le ha dicho nunca a Paloma. Ella lo sabe porque entiende el idioma de su abuelo Markel.

—¿Y ahora qué hago?

—¿Qué haces? Buscarla a ella en lugar de tener el culo aquí sentado delante de mí.

—No quiere verme, ahora mismo me odia.

—Eso no me lo creo, y tú tampoco. Solo está enfadada, herida, tú sabrás cómo de grave es lo que vio.

—No vio nada, solo hablaba con una amiga —se defiende Paloma desesperada.

—No me lo cuentes, yo no quiero saberlo —dice Markel alzando una mano horrorizado.

—Pues no preguntes —se frustra su nieta.

—No he preguntado.

Paloma lo mira y resopla inflando los mofletes, Markel sonrío, en realidad porque se está divirtiendo.

—Llámalas —dice acercando el plato de rosas a Paloma.

Ella coge otra y la mira, se siente a punto de explotar, pero la ansiedad la hace dar otro mordisco.

—No tengo su número de teléfono.

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá, acaba la rosca y el café y vete.

—Me la guardas —sonríe dejando la rosca que acaba de morder.

Su abuelo resopla al mismo tiempo que ella se levanta y le da un abrazo y un beso.

—Gracias por escucharme —susurra y le da otro en la cabeza.

—Eres más divertida que la tele.

Paloma sale de casa de su abuelo riendo y decidida se dirige directamente hacia la de Miren. A esas horas deduce que si está en casa, ya tiene que estar despierta.

Llega al portal y espera con paciencia a la primera vecina que sale para preguntarle por el número de apartamento de Miren, porque ni siquiera sabe eso. La mujer, que conoce de vista a Paloma y sabe que es policía, se lo dice sin reparo y ella pulsa el botón en cuanto la vecina se marcha.

Miren tarda unos segundos en responder, pero cuando lo hace, a Paloma se le acelera el corazón de un modo que la asusta.

—Miren, soy Paloma...

—Lárgate —dice y cuelga.

La policía no esperaba otra respuesta, aun así, no puede evitar que le duela el tono helador y cortante que ha utilizado con ella. Insiste otra vez, y otra más tras una pausa, y solo cuando lo hace una tercera, Miren vuelve a descolgar el telefonillo, aunque no para abrirle la puerta.

—Si sigues insistiendo llamaré a la policía.

Vuelve a colgar y Paloma se queda descolocada sin saber qué hacer, pensando en lo irónica que es la frase. Después decide que lo mejor es respetar que Miren ahora no quiere verla y darle espacio un par de días para que se le pase un poco el enfado, el lunes volverá a intentarlo.

Capítulo 13

El lunes, en cuanto Paloma sale de comisaría, lo primero que hace es ir directamente hacia el edificio de Miren. En esta ocasión, su problema no es que la diseñadora la amenace con llamar a la policía o que simplemente le diga que se marche, es que parece que en casa de Miren no hay nadie, porque lleva diez minutos en el portal y nadie le contesta.

Paloma mira el reloj y maldice que no se le ocurriera en ningún momento haberle pedido el número de teléfono, aunque se enfada mucho más por haber sido tan estúpida de no haberse dado cuenta de lo que comenzaba a sentir por ella. Se ha pasado todo el fin de semana inquieta y agobiada, mirando el reloj constantemente a la espera de que las horas pasasen mientras se preguntaba si el enfado de Miren habría disminuido. Ahora sigue ahí, parada como la tonta que le dijo su abuelo que era, sin saber qué hacer. Se le ocurren dos opciones, marcharse a su casa resignada o esperar a que Miren regrese. La primera la descarta de inmediato y la segunda le parece frustrante, Miren podría tardar poco o tardar horas en volver, y ella necesita hablar con ella cuanto antes.

—Coño... —dice de manera repentina tras recordar algo.

Acaba de pensar en Alba, la hermana de Miren. Paloma sabe que trabaja en una de las clínicas veterinarias del pueblo y, tras mirar su reloj y comprobar que todavía faltan diez minutos para que cierren, se pone en marcha a paso rápido y llega justo a tiempo de encontrar a Alba apagando las luces y bajando la persiana.

—Está cerrado —espeta de mal humor en cuanto ve a Paloma.

—Me da igual, vengo a verte a ti —aclara la policía.

—¿A mí? —Alba la esquiva y comienza a caminar—. Pues ya puedes largarte, no tengo nada que hablar contigo.

Paloma hace un chasquido con la lengua y maldice entre dientes. Después corre, la adelanta y le bloquea el paso con su cuerpo al mismo tiempo que alza las manos en son de paz al ver el resoplido de mal humor de Alba.

—Por favor, solo será un momento —suplica Paloma.

La hermana de Miren mira a un lado y a otro pensativa y, tras darse cuenta de que están paradas en la puerta de un bar, coge a Paloma del brazo y la arrastra al interior. La ertzaina la sigue tan obediente como sorprendida y se sienta frente a ella en una de las mesas después de que Alba pida dos vinos al camarero, dando por hecho que ella también beberá lo mismo.

—Tienes lo que tarde en beberme el vino —amenaza Alba.

—No necesito tanto tiempo, solo quiero que me des el número de teléfono de tu hermana.

—No te voy a dar una mierda.

—Vale —acepta Paloma—, pues dime al menos dónde puedo encontrarla.

—¿De qué vas, Paloma? ¿Crees que puedes jugar así con la gente y después hacer ver que no pasa nada? —le reprocha conteniendo la voz.

—Yo no he jugado con nadie —dice soltando un bufido—. No sé qué te ha contado tu hermana, pero fui muy clara con ella.

—Sí, clarísima. Por eso no entiendo qué demonios haces aquí. Si no estás interesada en Miren, déjala en paz, Paloma, has de ser muy tonta para no darte cuenta de que mi hermana está enamorada de ti, así que si te importa solo un poco, aléjate de ella.

Es la segunda vez que alguien la llama tonta en dos días, Paloma no sabe si tiene que preocuparse. La ertzaina da un sorbo al vaso de vino y se recuesta en la silla observando la mesa con gesto agobiado.

—¿Qué te pasó, Paloma? —pregunta Alba y ella alza la mirada sin entender de qué le habla.

—¿Qué dices?

—Algo tuvo que pasarte para que te volvieras así de imbécil. Yo conocía a Lupe y sé que estabas con ella plenamente entregada, y también cuando estuviste con Irene. No entiendo este cambio, Paloma. ¿Qué pasó para que decidieras que el esfuerzo de conocer mejor a una mujer ya no merece la pena?

Paloma mira a Alba un poco pasmada. Aunque se conocen de toda la vida, entre ellas nunca ha habido ningún tipo de confianza como para que le haga una pregunta de ese calibre. Pero la ertzaina no es tonta como ya le han dicho su abuelo y la propia Alba, y sabe que si contesta a esa pregunta, las probabilidades de que Alba le diga cómo localizar a Miren, van a aumentar de manera considerable.

—Hace mucho tiempo empecé a salir con una compañera de trabajo más mayor que yo. Al principio solo me gustaba y no pensé que la cosa llegaría a nada serio, pero poco a poco me fui enganchando a ella y acabé enamorándome como esa tonta que dices que soy —explica Paloma mientras hace bailar el vino en el vaso.

Alba la escucha con atención, sorprendida de que la policía haya decidido responderle. Conoce el carácter reservado de Paloma y esperaba que se levantase ofendida y la dejase plantada en la mesa.

—Me cegué tanto que todo me parecía perfecto y pensaba que era recíproco, pero meses después me enteré de que estaba casada y cuando le pedí explicaciones, me dio a entender que básicamente yo era una distracción, un soplo de aire fresco para un matrimonio que en ocasiones la asfixiaba.

—Vaya —dice Alba que, aunque tiene ganas de matar a Paloma por haber herido a su hermana, acaba de sentir empatía con ella.

—Sí, vaya —repite Paloma y sonríe apretando los labios en una mueca de aceptación—. Aunque no te lo creas, aquello me afectó mucho, me hundió completamente y solo veía el lado negativo de las relaciones. Tanto Lupe, como Irene, como ella; me dejaron, y estaba tan hundida que lo único que sabía era que no quería que me dejaran otra vez, así que decidí que durante una buena temporada me plantearía las relaciones con las mujeres de otra manera. Nada de compromisos ni complicaciones, solo pasar un buen rato y después bien lejos para que ninguna pudiera joderme.

—¿Y qué pasó después?

—Que me acostumbré —concluye Paloma y expulsa todo el aire por la nariz.

Alba la mira comprensiva, si hay algo que siempre la ha caracterizado es su capacidad para empatizar con la gente, y ahora es capaz de entender los motivos que han llevado a Paloma a comportarse como lo hace.

—¿Y qué pasa con mi hermana? ¿Qué sientes por Miren? —pregunta decidida a zanjar el tema de una vez.

—Muchas cosas, pero hace tanto tiempo que no me pasa esto con nadie, que estoy

acojonada y no hago más que negarme a verlo y comportarme como una gilipollas — reconoce Paloma ante la mirada perpleja de Alba—. Solo quiero hablar con ella, Alba, ni siquiera sé lo que voy a decirle, pero necesito verla.

—Cuando se agobia se pasa casi todo el día en el despacho trabajando, eso la ayuda a no pensar. La encontrarás allí —dice y le pide el teléfono para anotarle también su número—. No hagas que me arrepienta, Paloma.

—Te prometo que no, y gracias —dice sonriente y se levanta.

Paloma paga los dos vasos de vino y sale del bar sintiendo que el corazón se le desboca.

Capítulo 14

La ertzaina llega a la dirección que le ha dado la hermana de Miren en apenas tres minutos. Mira el edificio sonriente porque su gran preocupación era que Miren, como ya es costumbre, no le abriese la puerta cuando se enterase de que es ella, pero al ser un edificio con varios negocios ubicados en su interior, la puerta de la calle está abierta.

Paloma busca en el panel informativo de la entrada el nombre de Miren y no tarda en dar con él. Sube por las escaleras a paso rápido, en el edificio apenas queda movimiento porque ya son más de las ocho y lo normal es que todos hayan dado por concluida su jornada. Pero la diseñadora sigue allí, y Paloma lo sabe porque la puerta de cristal que da acceso a la sección donde se encuentra su despacho, también está abierta. A la policía no le gusta el hecho de que esté sola y tan expuesta, pero de eso tendrán que hablar en otro momento, en alguno en el que Miren ya no esté molesta con ella. Paloma empuja la puerta de cristal, pasa por delante del mostrador que probablemente ocupa alguna secretaria común para todos los profesionales que trabajan allí y busca el despacho número cuatro.

Miren ha escuchado el ruido de la puerta de cristal al abrirse y se le ha acelerado el corazón. Sabe que a esas horas ya no queda nadie y que, por lo tanto, no debería haber visitas. Se levanta con el susto metido en el cuerpo y recuerda todas esas veces que su hermana la advierte de que si se queda a trabajar hasta tarde, lo tiene que cerrar todo. Miren lamenta no haberle hecho caso y jura y perjura en voz baja que lo hará a partir de ahora. Coge lo primero que encuentra, una grapadora con la que sabe que no podrá hacer mucho, y se dirige hacia la puerta de su despacho.

Se ha mentalizado tanto de que el ruido ha sido producto de su imaginación, que cuando abre la puerta y se encuentra de sopetón con la silueta de una persona al otro lado, Miren suelta un grito gutural y levanta la mano dispuesta a golpearla sin que a su cerebro le dé tiempo de procesar la imagen. A Paloma no le cuesta detener el golpe cogiéndole la mano y, en cuanto Miren la reconoce, el susto sale en forma de rabia y empieza a decirle todo tipo de improperios mientras se da la vuelta y vuelve hacia su mesa.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Sabes el susto que acabas de darme?! —grita iracunda.

—Deberías dar gracias de que sea yo y no un ladrón o alguien con peores intenciones —dice Paloma a modo de reprimenda.

—¿Que te dé las gracias? —bufa Miren y niega sonriendo como si la situación le pareciese cómica—. Vete de aquí, Paloma, hablo en serio —dice situándose al otro lado de su mesa, marcando una distancia clara entre las dos.

—No me voy a ir, Miren, no sin hablar contigo.

—El problema es que yo no tengo nada que hablar contigo, así que vete, por favor.

Paloma niega con la cabeza y no se mueve, no piensa marcharse, pero tampoco sabe cómo hablar con ella, se siente perdida.

—¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote? Vete —insiste Miren y señala la puerta.

—No pienso marcharme.

—¿Tengo que llamar a la policía?

En cualquier otra ocasión esa pregunta le haría gracia a Paloma, pero ahora no se ríe

porque se siente idiota, como si no le funcionase el cerebro. Miren la observa desconcertada, jamás la ha visto comportarse así, con esa indecisión mientras la mira como si le tuviera miedo.

—Está bien —acepta Miren cada vez más intrigada por el comportamiento extraño de Paloma—. Habla, di lo que tengas que decir y te marchas y no vuelvas por aquí nunca más.

—¿Por qué no quieres volver a verme? —pregunta Paloma y a Miren la rabia le infla los mofletes.

—¿En serio lo preguntas?

—Siempre he sido muy sincera contigo, Miren —dice y la desarma por completo—, te dije que no buscaba nada serio, que solo quería divertirme.

—Pero seguías quedando conmigo —responde la diseñadora dolida porque se lo recuerde—. Entre tú y yo pasaban cosas, Paloma, y no son alucinaciones mías, sé que tú también lo notabas —dice y la voz se le quiebra.

Paloma se tensa al verla así y nota como se le estrangula la garganta.

—Conmigo te comportabas de una manera diferente y tú lo sabes. Me dejabas dormir contigo, me dejabas sola en tu casa, te interesaste por mi vida, me preparaste el desayuno...

Miren se queda callada después de enumerar varios detalles y sentir que al recordárselos no hace más que confirmarle lo mucho que se ha enamorado de ella. Empieza a martirizarse pensando que quizá haga lo mismo con todas sus amantes y la idea de que la considere una más, la hace hundirse y sentirse absurda.

—¿También lo hiciste con la chica del bar? —pregunta y no contiene las lágrimas, ya se ha expuesto ante Paloma y no se siente capaz de esconderle lo que siente.

Paloma tarda en entender de qué chica le habla y la mira entornando los ojos. En su cabeza todo iba a pasar de otra manera, ella iba a tener la situación controlada en todo momento, le iba a pedir perdón a Miren por haberla herido y después la iba a invitar a cenar y a colmarla de atenciones mientras hablaban de lo que está surgiendo entre las dos, pero no contaba con que ver a Miren tan triste y abatida le afectase del modo en que lo hace, ni con que ser la causante de su sufrimiento la fuese a hacer sentir tan mal como se siente. Paloma está bloqueada por primera vez en mucho tiempo y se siente vulnerable, la sensación no le gusta.

—¡Contéstame! —exige Miren en un sollozo, con la cara roja.

Paloma meneaba la cabeza de manera negativa y se acerca a ella.

—No. Con ella no hago todo lo que hago contigo, ni con ella ni con ninguna —confirma la policía con voz susurrante.

Miren se sorbe los mocos y traga saliva mientras la mira. Hay algo en la mirada de la ertzaina que la hace querer lanzarse a sus brazos, no sabe exactamente lo que es y, aunque se muere de ganas, no piensa hacerlo.

—¿Quién es? —pregunta Miren y Paloma hace una mueca de confusión—. La chica de la otra noche —le aclara al verla tan sumamente perdida—. ¿Quién es?

Jamás, bajo ningún concepto, Paloma ha dado explicaciones a ninguna de sus amantes sobre otras mujeres, pero en este caso no solo va a contestar porque Miren se lo pide, va a hacerlo porque quiere, porque ella siente la necesidad de dejar clara la situación con ella.

—Se llama Ángela, es una compañera de trabajo. A veces nos tomamos algo juntas y pasamos el rato, nada más.

—¿Con pasar el rato te refieres a que te acuestas con ella?

A Paloma le queman sus palabras y empieza a frotarse las manos como cada vez que

está nerviosa, las vuelve a tener heladas. Cierra los ojos un momento y trata de centrarse, sabe que si no toma las riendas de la conversación, no van a llegar a ninguna parte y necesita que Miren deje de llorar para que a ella deje de dolerle el pecho al verla.

—Me he acostado con ella alguna vez —dice con voz firme—, pero no la otra noche cuando tú me viste.

Paloma rodea la mesa y se sitúa frente a Miren para continuar hablando. Quiere mirarla a la cara, hacerlo de cerca y asegurarse de que entiende todo lo que va a decirle, porque a ella le va a costar mucho expresarlo y solo quiere hacerlo una vez.

—No me mientas a la cara, Paloma, os vi tontear —dice Miren más serena—. De todos modos, ya estás, tienes razón, tú fuiste muy clara conmigo desde el principio y yo no tengo derecho a reprocharte nada. Simplemente no quiero volver a verte más.

—Pero yo sí que quiero verte a ti, y ahora me vas a escuchar —remata Paloma dando un paso más—. Si te digo que no me acosté con ella, es que no me acosté con ella. No tengo porque mentirte, al igual que no tengo porque darte explicaciones.

A Miren el corazón comienza a palparle desbocado de nuevo, en esta ocasión no es por el susto, es por el subidón extraño que le provoca la determinación que hay en las palabras de Paloma. Parece que ha recuperado la confianza en sí misma y que esa mujer que la miraba confundida hace unos minutos, ha desaparecido para dejar paso a otra que tiene muy claro lo que quiere. Miren, en el fondo, teme lo que vaya a decirle por si le duele más que lo que ya sabe, pero necesita saber de una vez por todas lo que piensa Paloma.

—Te doy explicaciones porque quiero, porque necesito que entiendas que ella no me importa. Tú, sí.

A Miren le tiembla el labio, Paloma detiene ese temblor poniéndole dos dedos encima para que no sienta la tentación de hablar e interrumpirla.

—Siento cosas contigo, Miren, muchas, y me estoy volviendo loca. Hace mucho tiempo que no me sentía así y me siento primeriza. No buscaba esto, cuando te dije que no te enamoras de mí, hablaba muy en serio, pero empezaste a gustarme, y yo estaba tan obsesionada con que mi vida estaba bien como estaba, que me negaba a verlo.

Miren le coge los dedos con los que está sellando sus labios y los aparta, aunque no suelta su mano.

—¿Y ahora lo has visto? —balbucea sobrecogida por lo que acaba de escuchar.

—Lo vi la otra noche, cuando te tuve allí delante y me dijiste que no querías volver a verme. Al principio sentí mucha rabia, no entendía tu enfado, pero después me di cuenta de que la idea de no volver a verte me preocupaba mucho.

—¿Y ahora qué? —pregunta Miren, que estaba tan convencida de que no tenía nada que hacer con Paloma, que ahora se siente perdida.

—Ahora soy toda tuya, así que lo que tú quieras.

Miren parpadea un par de veces sin apartar la mirada de Paloma, incrédula por lo que acaba de escuchar.

—¿Lo que yo quiera? —pregunta perpleja.

Paloma asiente y se encoge de hombros al mismo tiempo que apoya el culo sobre el radiador de la pared. Miren se hace un hueco entre sus piernas y se aferra a su cintura sin dejar de mirarla.

—Yo te quiero a ti, para mí sola, siempre —susurra a punto de escupir el corazón por la boca.

—Pues seré para ti sola entonces —confirma Paloma y le pasa un dedo por los labios.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—Si quieres complicarlo nos casamos, pero me parece un poco pronto para eso — bromea Paloma y a Miren se le escapa la risa.

La policía le pasa las manos por la cara y seca la humedad que queda de sus lágrimas. Miren es incapaz de borrar la sonrisa, ni siquiera cuando Paloma comienza a besarla, tampoco lo hace cuando la levanta y le pide que enrosque las piernas en su cintura mientras da vueltas por el despacho y la sigue besando. Miren solo deja de sonreír cuando la deja en el suelo para que recoja sus cosas y puedan marcharse, no quiere estar separada de Paloma ni un centímetro.

Epílogo

Dos años más tarde

Paloma está sentada en una de las sillas de la terraza terminándose la copa de vino que se ha servido en la comida. A su lado está Miren, observando concentrada el tablero de ajedrez mientras piensa su siguiente movimiento. Frente a ella está Markel, él también mira fijamente el tablero, aunque lo más probable es que solo esté saboreando el momento de la victoria, porque Miren tiene la partida perdida y todavía no se ha dado cuenta.

Abuelo y nieta se miran y sonríen con complicidad hasta que Miren mueve ficha y se rasca el pelo meditando si ha sido el movimiento correcto.

—No me jodas —dice cuando Markel mueve y acaba la partida.

Paloma se ríe y guiña un ojo a su abuelo, aunque en el fondo entiende la frustración de Miren. Ella puede contar con los dedos de una mano las veces que ha ganado a su abuelo y han jugado cientos de partidas, además, está segura de que en todas esas ocasiones, la dejó ganar.

—No te martirices —le dice Paloma a Miren y le da un beso en el hombro—. Cuando asumas que es imposible ganarlo, no te afectarán tanto las derrotas.

—Espero encontrar un rival digno antes de morirme —dice Markel con expresión indescifrable.

Ni siquiera su nieta sabe discernir si habla en broma o en serio.

—No diga eso —lo reprende Miren compungida.

—Cuando dejes de tratarme de usted.

Markel se levanta para ir al baño, cuando vuelva, Paloma sabe que traerá una botella de coñac para beberse un chupito antes de echarse la siesta.

—Te pareces tanto a él —dice Miren cuando ya no las escucha.

Paloma la mira con las cejas alzadas y sonríe sorprendida.

—Espero que sea en inteligencia y no en arrugas.

—No seas burra, y tu abuelo no solo es inteligente, también es un genio de la estrategia —aclara Miren.

—Y yo también, te conquisté a ti con mi estrategia de...

Paloma no puede continuar porque Miren le ha dado un sopapo para que se calle.

—Ahora en serio, sois iguales. A los dos os cuesta mucho expresar lo que sentís.

La ertzaina la mira y hace una mueca, no puede rebatir eso con ningún argumento. Le gustaría ser diferente en ese aspecto y poder expresar el dolor cuando lo siente, pero le resulta muy difícil, igual que a su abuelo.

El hombre vuelve con la botella tal y como ha adivinado su nieta. Solo trae un vaso, a ellas no les ofrece porque sabe que no quieren. Las primeras veces que Paloma llevó a Miren a comer allí, él se lo preguntaba, ahora ya no lo hace, simplemente sabe que a la que ya considera también su nieta, no le gusta el coñac. Tampoco le gusta el picante y sin embargo, le encanta el tabasco en los berberechos. Markel también sabe que a Miren no le

gusta que su nieta trabaje hasta tarde, y que le da mucho miedo que le pase algo en el trabajo. Por eso a Markel le gusta tanto Miren para Paloma, porque ve un amor sincero entre ellas y eso lo hace sentir tranquilo. Ahora sabe que el día que llegue su hora, su nieta no estará sola como él ha temido siempre, porque lo que hay entre ellas se percibe tan fuerte, que está seguro de que nada podrá romperlo.

—Nos vamos, Markel.

El hombre abre los ojos y parpadea un par de veces para despejarse. La que le ha hablado y dado un beso en la mejilla para despertarlo ha sido Miren, y él sonríe porque por fin lo ha tuteado. Se ha quedado dormitando en la silla bajo el sol y, mientras tanto, ellas han recogido la mesa y el tablero de ajedrez.

—Entra dentro y te sientas en el sofá —le pide Paloma y lo ayuda a levantarse.

Cuando llegan al apartamento de Paloma, en el que viven juntas hace más de un año, las dos se dejan caer en el sofá y se acurrucan una al lado de la otra. Todavía es pronto para poner la tele y ver alguna película mientras comen palomitas, como hacen la mayoría de las tardes de domingo cuando Paloma no trabaja. Ya han establecido sus rutinas y los días que van a ver a su abuelo, después se acomodan en el sofá como ahora y se duermen hasta que una de las dos se despierta. Entonces Paloma se levanta para preparar las palomitas mientras Miren va leyendo en voz alta sinopsis de películas hasta que las dos se deciden por alguna.

—¿Tu abuelo nunca ha estado con nadie después de morir tu abuela? —pregunta Miren y Paloma, que ya había cerrado los ojos, los abre y niega con la cabeza.

—Supongo que habrá tenido sus cosas, pero a casa nunca trajo a nadie.

—Su matrimonio tuvo que ser muy bueno entonces. Tuvo que querer mucho a tu abuela para que no haya sentido la necesidad de casarse de nuevo.

Miren se gira entre los brazos de Paloma hasta que puede verle la cara y le sonríe.

—Deberíamos casarnos —dice de sopetón.

Paloma arquea las cejas, se le ha pasado la morriña de golpe.

—¿Qué dices?

—Que nos podríamos casar —repite y se encoge de hombros sin dejar de sonreír—. Tengo clarísimo que quiero pasar el resto de mi vida contigo, Paloma, y no necesito ningún papel para que me confirme eso, pero me gustaría hacerlo.

Paloma, con esa dificultad que tiene para expresar cómo se siente en determinados momentos, esboza media sonrisa y no aparta la mirada de Miren, le resulta imposible. Ella no se ha planteado la cuestión del matrimonio nunca, pero ahora que Miren lo menciona, se da cuenta de que no le importaría, ella también tiene claro que quiere estar con ella el resto de su vida, y también le hace ilusión que su abuelo esté a su lado el día que firmen los papeles.

—Vale, hagámoslo —confirma y a Miren se le desorbitan los ojos.

—¿Lo dices en serio? —pregunta incorporándose hasta sentarse sobre ella a horcajadas.

—Sí, claro que lo digo en serio —sigue sonriendo Paloma—, y podríamos mirar de comprar una casa más grande que esta, podrías tener allí un despacho para cuando te apetezca trabajar en casa.

—Así, ¿sin anillo y sin nada? —se ríe Miren.

—Yo no necesito el anillo, me basta contigo —declara Paloma incorporándose para abrazarla.

Miren se deshace entre sus brazos cuando se da cuenta de que eso es lo más profundo

y sincero que Paloma le ha dicho nunca. Le da un beso en el cuello y le devuelve el abrazo con fuerza, ella tampoco necesita ningún anillo, solo necesita poder seguir queriendo a Paloma.